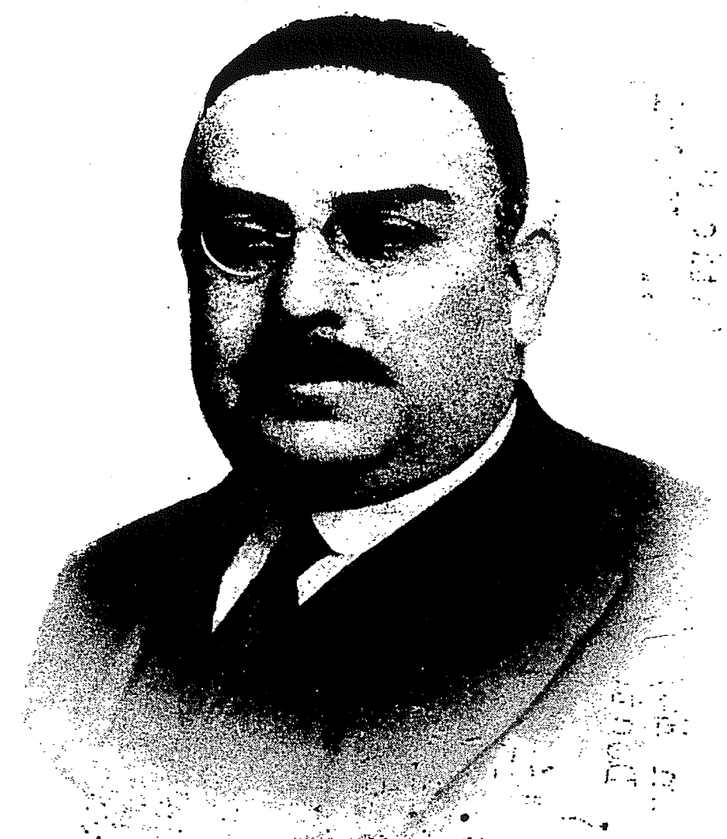


R. 579654

BIBLIOTECA DE ENSAYOS

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE FRANCISCO VERA

N.º 1.

EL AMOR EN ESPAÑA

CARACTERISTICAS MASCULINAS

DOCTOR CESAR JUARROS

EDITORIAL PAEZ

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

68

EDITORIAL PAEZ - ECIJA, 6 - MADRID

OBRAS DEL AUTOR

TÉCNICAS (IX)

Informe acerca de un rancho de campaña. (Agotada.) Ceuta, 1907.
Cartilla de primeros socorros. (Agotada.) Ceuta, 1907.
Manual de primeros socorros médicos. Barcelona, 1910.
Guía médica de la Ley de Reclutamiento. Madrid, 1912.
El problema de la meningitis. Madrid, 1915.
Lecciones de Psiquiatría Forense. (Agotada.) Madrid, 1915.
Manual del Sanitario practicante. (Agotada.) Madrid, 1915.
La Psiquiatría del Médico general. Madrid, 1919.
Tratamiento de la Morfinomanía. Madrid, 1920.

DE DIVULGACIÓN (VI)

La profesión del hijo. Madrid, 1916.
Educación física y moral del niño. Madrid, 1918.
Significación y alcance de la Inspección Médico-Escolar. Madrid, 1919.
La crianza del hijo. (Agotada.) Madrid, 1919.
Normas de educación sexual y física. Madrid, 1925.
Los senderos de la locura. Madrid, 1927.

LITERARIAS (VI)

Breviario sentimental de la madre. Madrid, 1921.
La ciudad de los ojos bellos (*Tetuán*). Madrid, 1922.
Las hogueras del odio. Madrid, 1923.
El momento de la muerte. Madrid, 1925.
De regreso del amor. Madrid, 1926.
El amor en España. Madrid, 1927.

TRADUCCIONES (VI)

Cirugía menor. P. Chavasse. Madrid, 1903
La imaginación. Dugas. Madrid, 1905.
El contagio mental. Vigouroux et Juquelier. Madrid, 1906.
Manual de Psiquiatría. Regis. Madrid, 1911.
Enciclopedia de Ciencias médicas. Brissaud-Pinard-Reclus. X tomos. Madrid, 1912-13.
Psiquiatría de urgencia. A. Filassier (prólogo y notas.) Madrid, 1926.

EN PREPARACIÓN

El niño que no tuvo infancia (novela).
Diagnósticos y Tratamientos Psiquiátricos de urgencia.

BIBLIOTECA DE ENSAYOS
N.º 1.

EL AMOR EN ESPAÑA
CARACTERÍSTICAS MASCULINAS

Volúmenes en preparación:

GREGORIO MARAÑÓN: *Mecanismo e higiene de la emoción.*
RAMÓN PÉREZ DE AYALA: *Silos.*
FRANCISCO VERA: *La Lógica en la Matemática.*
RAFAEL DOMENECH: *El nacionalismo en Arte.*
BLAS CABRERA: *El átomo.*
PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ: *Cervantes y su obra.*
Etc. etc.

ES PROPIEDAD

Suc. de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de S. Vicente, 20.—MADRID

A sí mismo dedica este ensayo
EL AUTOR.

Con la presente obra, la Editorial Páez, atenta a seguir paralelamente la marcha ideológica del mundo, inicia la publicación de su anunciada BIBLIOTECA DE ENSAYOS, en la que colaborarán las firmas más prestigiosas de la intelectualidad española contemporánea.

Respetuosa con todas las tendencias—aun las más opuestas y antagónicas, pero unidas por el hilo sutil de la inquietud espiritual—, la Editorial Páez acoge, para difundirlas por los países de lengua castellana, las ideas en que se está plasmando actualmente la nueva civilización, sin distinguir de escuelas ni credos estéticos, literarios o científicos, y para ello ningún

procedimiento le ha parecido más adecuado que el del ENSAYO, en el que se une la profundidad filosófica con la ligereza literaria.

La ciencia de los libros peca de demasiado hecha. Al libro va lo terminado, lo doctrinal, mientras que el ENSAYO recibe lo que todavía flota en el ambiente y está en período de cristalización. A las teorías estáticas del libro opone el ENSAYO el dinamismo y la audacia de la juventud, y ante el carácter conservador del volumen dogmático, el ENSAYO levanta, como un airón, el caudal de sus ideas nuevas, venero de sugestiones, y abre el diafragma de todas las posibilidades, que dejan entrever todos los horizontes.

Esto será la BIBLIOTECA DE ENSAYOS, que la Editorial Páez inaugura con EL AMOR EN ESPAÑA, *primoroso libro del ilustre doctor César Juarros.*

Dificultades de índole material en la preparación de los volúmenes anunciados demoraron hasta hoy su publicación, ya que era deseo de la Editorial conservar el orden prefijado; pero, ante los requerimientos de gran número de lectores, altera aquel orden, presentando al público un ensayo del eminente psiquiatra doctor Juarros, que desde el primer instante le ofreció su valiosa colaboración.

Con regulares intervalos de tiempo irán apareciendo los volúmenes anunciados y otros de los más ilustres ensayistas, que han prometido cooperar a la labor de cultura que quiere realizar la BIBLIOTECA DE ENSAYOS, y a todos los cuales se complace en dar públicamente las gracias más rendidas, en nombre de la Editorial Páez,

LA DIRECCION

EL AMOR EN ESPAÑA

JUSTIFICACION

Pretendí escribir páginas saturadas de objetividad. Supeditando mi ideología al propósito de enumerar, serenamente, hechos accesibles a todas las perspicacias, creí cumplir elevada misión de adoctrinamiento. Interpreté lo menos posible. Huí de aliños literarios. Busqué dar a mi trabajo caráeter de índice.

No tengo seguridad alguna de acierto; sí de haber realizado el máximo esfuerzo a que mis condiciones permitíanme aspirar.

Si el lector estima que no me acompañó la suerte, reconocerá, al menos, la necesidad urgente de publicaciones de este tipo. El problema sexual español hállase sin estudiar.

No precisa poseer inteligencia singularmente dotada para conocer que surcamos tiempos de crisis, en el concepto que del amor y la ética sexual tienen las gentes.

Hasta ahora, háse verificado la mutación desordenada, incoherente, caprichosamente. En no pocas ocasiones caminando por sendas tan en pugna con el instinto, como al hominizar la perspectiva cefálica de las mocedades femeninas; tan en desacuerdo con las conveniencias estéticas como al descubrir las columnas del tronco, rara vez bellas, armónicas y legítimamente escaparatizables.

Tal anarquía tiene que cesar. Forzosamente. El balbuceo ha de trocarse en frase firme, destacada limpiamente. La nueva idea llamada a sustituir, durante unos lustros, a la destronada, no será obra exclusiva de las tormentas que en el fondo de los caletres desató la quiebra de la moral clásica y el descuido de los adiestradores profesionales del pensamiento

infantil. Al quedar rezagados y perdidos en la polvareda del camino los prejuicios, tendrán que intervenir de modo inevitable estos mismos educadores, impulsados por el despecho a crear otros nuevos. La masa no acertó, jamás, a construir cárceles para su espíritu. Limitóse a proporcionar materiales. Su alineamiento, su distribución, obra es de los que, incapaces de crear, cuando se comportan discretamente, encauzan. Mas para rehacer se ha de tener noción de la arquitectura anterior, de lo derruído, de lo inmutable, de lo susceptible de reforma.

¿Cuéntase en nuestro país con este arsenal de datos?

¡No!

Cuando se escribía de amor, guiaba las plumas un sentido literario, norma todo ficción y desvirtuamiento, o una ruta procaz, semilla de rijosidades punzantes, o un sentido despectivo nutrido de escepticismo y puntos de vista faltos

de comprobación experimental, despersonalizada.

La carencia de una noción clara de cómo se ama en España dificulta descubrir cómo ha de enseñarse a las nuevas generaciones, si se pretende evitar los perjuicios resultantes de una actitud al margen de tendencias mundiales.

Este propósito y no otro llévanos a escribir las presentes cuartillas, síntesis de veinticuatro años de especializado en dolencias relacionadas íntimamente, en gran número de casos, con motivos sexuales y de un vivir ni huérfano de vibraciones, ni remiso en el afán de presenciar nuevas auroras.

I

LO QUE VAMOS A ENTENDER POR AMOR

Antes de comenzar, parece indispensable ponernos de acuerdo con el lector, acerca de lo que vamos a entender, en páginas sucesivas, por amor.

Modo de evitarnos objeciones, defectuosas maneras de comprender y desorientaciones ariscas. Para nosotros, amor es la resultante de haber introducido, injustificadamente, elementos psicológicos, con pretensiones de predominio, en el mecanismo del instinto de reproducción.

En el fondo, propósito de rebeldía. Ansia de sacudir yugos ancestrales. Deseo de constituir

excepción a leyes básicas, que rigen el desarrollo de la vida.

Es el deseo, núcleo del instinto, endeble y mutable.

Preténdese que el amor resulte recio y eterno.

¿De dónde procede tan peligroso empeño en rebelarse contra lo inmutable?

De un sentimiento de orgullo, de vanidad zoológica. La mayoría de los hombres considéranse como obra cumbre de la Naturaleza. La más perfecta.

Pocos perciben claramente su categoría de eslabón. Que ahora son amos de la tierra los mamíferos, como fuéronlo grandes reptiles en otras épocas geológicas; que el mundo no terminó su evolución; que tras nuestra especie ha de surgir otra; que el hombre será aniquilado como lo fueron sus predecesores en el dominio del mundo.

Unicamente no queriendo examinar con serenidad los hechos, puede estimarse al ser humano como algo desligado del resto de los seres.

Ni una sola ley biológica hace excepción en los hijos de Adán.

¿Entonces?

Cúlpese a nuestros educadores, puestos por comodidad, al servicio de un sentimentalismo falso, bisutería de feria pueblerina. Por adulación no vacilan en desfigurar la verdad.

Ni hombres ni mujeres ignoran que el deseo es clave del amor.

Abundan quienes por hipocresía, conveniencia o miedo aparentan desconocerlo.

Aun en los idilios más patológicamente románticos, las manos, temblorosas, se buscan y los labios, estremecidos, se anhelan. Ninguna poesía comparable a la emanada de derrochar energía por ver cumplido el deber, biológicamente substancial, de engendrar nuevos seres. El ansia, noble y divina, de la maternidad no tiene realización posible sino a través de la em-

briaguez sexual. Todo el mecanismo diferencial de los sexos es un acatamiento a la obligación de reproducirse.

El deseo representa un modo de seleccionar aptitudes y cualidades.

Es esto tan verdad para los insectos como para el hombre. Pero sólo éste pretende rebelarse.

Al rebelarse, causa su desgracia.

Opinando que el hombre es sexualmente distinto del resto de los animales y que sólo en él puede darse el prodigio de amores sin deseo, no presenta nada de extraño que háyase llegado a considerar el amor obra de la intención.

Por ello se mata a la infiel y rechaza y censura a la adúltera.

Si ser bueno o malo hállase a merced de la propia decisión, nadie encontrará ilógico imponer sanciones severas a quienes se resistan a comportarse como buenos.

El instinto, según esta doctrina, no tiene

fuerza ni valor. Hállase sometido à la voluntad. La materia, cosa despreciable. El espíritu lo puede todo. El amor álzase campeador sobre los estímulos viscerales.

Para hacernos entender no queremos disentir de esta tesis.

Llamaremos àmor al instinto recamado de lentejuelas psicológicas: al afán de rebelarse contra la tiranía implacable de aquél: al complejo sentimiento, nutrido de lugares comunes, en virtud del cual los humanos creen diferenciarse del resto de los seres, aun cuando, como ellos, hayan sido engendrados para dar lugar al advenimiento de nuevos ejemplares de la especie.

Ya sabes, lector, lo que vamos a denominar amor.

II

LA IGNORANCIA DE CÓMO ES LA MUJER

Una de las más destacadas singularidades del amor masculino es en España la de ignorar a la mujer.

Preguntad a hombres de cuarenta años para arriba, con fama de mujeriegos; interrogadles sobre temas de psicología femenina, y recibiréis la sorpresa de comprobar su ignorancia. La realidad, la observación, han sido sustituídas por prejuicios.

Llámase experiencia a la desconfianza sistemática, al recelo.

Infinidad de veces, nuestra calidad de psiquiatras nos impuso completar el diagnóstico

interrogando, a un marido, sobre la personalidad anterior de su mujer. Con frecuencia, el empeño resultó inútil. ¡El esposo ignoraba a la esposa! Nuestras preguntas tenían carácter de inesperada revelación:

—¡No sabía que mi mujer fuese así!

Es corriente el caso de matrimonios aptos para la felicidad, desavenidos sólo por desconocer cada uno el núcleo espiritual del otro.

Como los hombres nada saben de las mujeres, inventan, mienten, crean lugares comunes inflados de falsedad, obstructores de los caminos de la dicha.

En muchos de nuestros pueblos se sientan en la iglesia separados hombres y mujeres. No fué dado todavía al olvido el empeño, funambulesco, de una autoridad madrileña, puesto en que hembras y varones ocupasen localidades distintas en el cinema.

¿Por obra de quién mantiénese tal estado de cosas?

¡De los hombres!

El español teme al comportamiento de la mujer. Supónela frágil. Prefiere una fidelidad mantenida con la ayuda de rejas, celosías y candados, a la lograda en constante prueba, tejida de estímulos e incitaciones.

La impunidad que, cuando funcionaba el Jurado, obtenían los matadores de mujeres, poseía idéntica raigambre:

—¡Precisa hacer un escarmiento! ¡Para que aprendan las mujeres malas que no se juega impunemente con el honor de los hombres! —decíame por aquel entonces cierto jurado bonachón y pacífico; pero terriblemente inquieto ante la posibilidad de un desliz de su esposa.

Interesado cada hombre en que las mujeres a él adscritas: novia, hermana, cónyuge o amante, manténganse alejadas del trato masculino, se creó un ambiente general de recelo.

Perdido el hábito del intercambio espiritual delicado y sutil, desinteresado y lírico, al en-

contrarse frente a frente un hombre y una mujer créanse situaciones de pelea sexual.

El ochenta por ciento de los españoles piensa, sinceramente, que entre personas de distinto sexo, sólo temas, más o menos embozadamente, relacionados con éste, pueden ponerse en juego.

Un gran escritor ha dicho que la amistad entre el hombre y la mujer es siempre un amor que empieza o un amor que termina.

Alejado el hombre del trato femenino, obligado a sustituir por ficciones una ideología que debiera ser resultado de minuciosa observación; desconfiado, suspicaz y con el hábito de creerse en el deber, como el comisionista odontálgico del clásico cuento esmeralda, de mostrar actitud donjuanesca ante las hembras todas, forzosamente su modo de entender el amor ha de pecar de arbitrario, incomprensivo y unilateral.

Así es, en efecto, según veremos más adelante.

Los hombres de España, falsean el sentido biológico de la ilusión amorosa, porque al construir el alcázar de los entusiasmos prescinden de la compañera.

Abundan los enamorados a quienes sólo preocupa su amor, no obstante ser éste, en la generalidad, más simple supeditación al objeto pasional que sentimiento autónomo.

Curiosa paradoja que iremos desentrañando con cautela. El hecho inicial resulta totalmente exacto.

No hay curiosidad por asomarse al alma de la Deseada.

No interesa el ritmo de sus ensueños.

¿Por embotamiento? ¿Por anestesia?

No. Sencillamente por falta de trato. Lo lejano o ausente espolea la curiosidad menos que lo cercano.

III

EL CLIMA

Factor importante, en este desconocimiento del alma femenina que acabamos de señalar, es el clima.

Todas las ideas favorables a la emancipación femenina vienen del Norte. Esa causa justa y noble del abolicionismo, por que venimos luchando cinco años arraigó, antes que en tierras donde el sol tiene un altar en cada altozano, en campos amigos de la nieve o propicios a la niebla.

¿Por qué?

Porque en ellos imponen los rigores del tiempo vida de hogar. En España las gen-

tes pasan el día en las calles, en los cafés, en los casinos. Se va a la casa a comer y a dormir. En algunos casos, los menos, a trabajar. A saborear la existencia rara vez.

Consecuencia de tales costumbres, el hombre hállase privado de la piedra de toque, por excelencia, del alma femenina: la vida íntima del hogar.

No es en saraos ni supertangos donde la mujer rinde el máximo beneficio de su ternura, de su sensibilidad. Sí en lo privado.

En las reuniones, durante dos o tres horas, resulta facilísimo dar sensación de aristocracia espiritual, de exquisitez. Como hay actrices totalmente intolerables en su casa, que en escena parecen delicadas, sutiles.

El problema empieza cuando irrumpen desmanes viscerales; vestidos elegantemente, en ambiente confortable, puesta la atención toda en resultar ingenioso, es fácil que hombre y mujer se encuentren adorables.

La clave está en la casa: en nimbar con aureolas líricas necesidades plebeyas; en convertir la copla canalla del arroyo en dulce canción maternal. En barnizar de aristocracia lo vulgar. En dar alientos de distinción a la mediocridad, en allanar senderos y abrir rutas.

Infinidad de españoles ignoran las buenas cualidades de su esposa por vivir alejados del hogar.

En nuestro país los hombres hablan mucho de mujeres. Pero hablan entre sí. Como es natural, nadie compórtase sinceramente. Todos píntanse como quisieran ser, ninguno como es.

A una de las tertulias frecuentadas por mí asistía, hace años, cierto señor erizado de desprecio hacia la mujer. Los hombres que se enamoran son ilusos, envenenados de literatura. Enfermos. Intoxicados de cursilería.

Aquel pobre señor había casado recientemente con la cocinera de una de sus hermanas. Sir-

vienta zafia, de manos amorcilladas, mejillas rojas y ojos de loro enfermo.

El calvario de sus amores todavía sangraba ridículo. El de su matrimonio principiaba a rezumar tragedia. Compañera más arbitraria, dominante y grosera no la vieran los siglos.

Pocas cosas tan pintorescas como asomarse a una peña de café o casino, comparando luego cómo hablan los contertulios de la mujer y cómo se comportan cuando frente a una se encuentran.

La acción de esta atmósfera artificial, enrarecida, psíquica y materialmente, deja honda huella.

Abundan varones que, en trances de amor, proceden obedeciendo a puntos de vista cafeteriles. Desde el pensamiento a su traducción en palabras.

Tan exacto es esto, que haberlo aprendido me valió, no ha mucho, sonado éxito, sembrador de comentarios favorables, aun no extinguidos.

Una clienta mía contábame, indignada y llorosa, la extraña actitud adoptada por el marido frente a su grave dolencia.

Había en la conducta de aquél tan fuerte tufo a vulgaridad, mostrábase tan clara la acción de los prejuicios, que sin vacilar dije:

—¡Don M...—aquí el nombre del esposo—debe asistir diariamente a alguna reunión de café o cervecería!

Así era en efecto. Frente al mármol de una mesa de bar habíase engendrado la incomprensión, tortura de la pobre enferma.

Miles de hombres, forman idea de las mujeres no tratándolas, sino por lo que oyen.

Fuera preciso un libro enorme para apostillar con ejemplos esta verdad: *el español ignora el alma femenina.*

Aun cuando, por curiosa paradoja, afirme de continuo conocerla admirablemente. Desde novelistas que en su vida trataron a muchachas merecedoras de dos cuartillas, al señorito hol-

gazán y entontecido de los pueblos castellanos y andaluces, la mayoría de nuestros compatriotas, en cuanto surge el tema, dicen, haciendo un gesto de suficiencia, engualdrapada de sensualidad:

—Conozco bien a las mujeres. ¡La que a mí me la dé!

Lo que no constituye obstáculo para que acaben llevando a la Vicaría sirvientas cerriles o furcias tardíamente redimidas.

Ignorando a la mujer, procédese respecto a ella dejándose conducir por conceptos falsos, absurdos, de indocumentación hipertrofiada.

Esta carencia de información exacta, contrastando con una falsa sensación de que se posee, explicará más adelante matices, de otro modo incomprensibles.

IV

LOS ESPECTÁCULOS Y EL EMBOTAMIENTO ESPIRITUAL

El español, además de ignorar a la mujer, encuentra grandes dificultades para entenderla. Padece sordera y ceguera sentimental.

El origen de tal condición ha de buscarse en los espectáculos predilectos de nuestro pueblo. Es en los ocios donde se forja y modela la comprensión.

Mientras se trabaja en el oficio, en la carrera, en el destino, sólo dos normas rigen el pensamiento: amor a la perfección de lo producido o afán de lucro, culto al oro.

Cuando la preocupación de la labor amaina

intervienen los factores afectivos. Se edifican reductos y pasadizos.

Pero la formación es centrípeta. Nuestros compatriotas tienen mermada la vida interior, desconocen la meditación. Todo es en ellos objetividad.

El gusto a los toros, ahora compartido con el balompié, demuéstralo claramente. En la afición taurina los comentaristas más tenaces, difusos e hiperbólicos, son gentes que de tarde en tarde presencian una corrida. Hablar de toros representa placer superior a presenciar el festejo.

La plaza de toros madrileña no admite más de 13.000 espectadores. Los lunes apostillan lo ocurrido masas de gentes que no vieron nada y discuten ardorosamente a través de relatos revisteriles, no siempre fieles ni desinteresados.

Motivo bien sencillo. La tauromaquia representa abundante vivero de temas de conversación; sin necesidad de mondarse los sesos le-

yendo. Trátase de diversión monótona; pero propicia a análisis e interpretaciones. Abundan las frases hechas, las ideas lisas, las perspectivas miopes.

Con tan pobre arsenal puede tenerse pronta y fácil reputación de entendido en el arte de Cúchares. Como nuestro meridionalismo nos provee abundantemente de locuacidad, ¿quién resistirá al encanto de charlar sesuda, seriamente, con apariencias de profundidad, de cosas tan sencillas que no necesitan el menor estudio ni la más ligera meditación?

Exactamente igual ocurre con el balompié, ahora en franca disputa con las corridas de toros.

En uno y otro caso el fondo hállase tan pobremente dotado de interés, que para mantener encendido el fervor es preciso convertirse en partidario de Fulano o de Zutano, de éste o del otro club. Se va a presenciar la victoria del tal o del cuál.

Como en los toros y en el balompié los protagonistas son hombres, la mujer queda desplazada.

Hablando de diestros y deportistas créase inevitablemente un ambiente de inconsciente homosexualidad.

Cuantos hayan acudido a partidos y corridas tendrán la misma experiencia. Son numerosos los varones que yendo, como espectadores, acompañados de una mujer: esposa, novia, amante o simplemente amiga, prescinden de ella para gritar, discutir con los vecinos de localidad y enardecerse, olvidados totalmente de la compañera, que asaltada por el tedio y el enojo presencia el desenvolvimiento del huracán de partidismo que la relegó a cosa accesoria en el espectáculo.

No oyéndola, no interesándose por las vibraciones de su psicología, no persiguiendo enterarse de los cauces de su emoción, no hay modo de hallar el camino de su alma ni de entenderla.

Sumad el tiempo que cada hombre emplea en su trabajo, el destinado a dormir, el gastado en espectáculos y en hablar de ellos en el café, la cervecería y el casino, y comprenderéis por qué fatal, inevitablemente, el español ignora, desconoce a la mujer.

Acaso creáis haber encontrado objeción seria en el teatro. ¡Os habréis equivocado!

En el teatro deben considerarse dos aspectos: la obra y la actriz.

Las obras actualmente en boga no ayudan —con muy contadas excepciones—a escaparatizar el alma femenina, a conocer su lenguaje. Adolecen del defecto básico—a los efectos de nuestra argumentación—de ser escritas por hombres, incapaces por tanto de expresar otros puntos de vista que los masculinos. Las protagonistas carecen de realidad. Si la poseen —suceso excepcional—es en menor grado que los hombres. Las pocas mujeres que escriben procuran hacerlo como si fueran varones.

Dando por realidad lo que sólo es ficción, contribuyen a desorientar más que a conducir. Quien crea conocer el espíritu de Eva a través de dramas y comedias caerá en lamentable equivocación.

Por si no bastara con estos motivos, el astrakán ha encallecido la sensibilidad, deformado el gusto. Ha rebajado el calor lírico de la vida, familiarizando con protagonistas estúpidos o cínicos. Ha trasladado de estante la simpatía colectiva.

La carcajada, que hace trepidar el bandullo y asoma lágrimas a los ojos, incomunica, aisla al que se abandona al goce de divertirse con la insensatez ajena. La mayoría de los protagonistas de nuestras obras cómicas, lógicamente sólo pueden inspirar lástima.

El espectador comete el pecado de quienes se ríen de las extravagancias de un loco.

La actriz nada puede hacer. Habla como no hablan las mujeres. En un tonillo, ridícula parodia de doña María Guerrero. Dice palabras que no dijeron, ni dirán jamás, ¡afortunadamente!, sus hermanas de sexo.

La actriz busca efecto estético y raramente lo logra. La mujer corriente es más sincera, menos afectada, más humana. Sería curioso comparar el modo verbal de nuestras actrices en la intimidad con el usado en escena. Plantea y resuelve escénicamente situaciones de maneras no por bellas menos arbitrarias, menos al margen de lo que ocurre en el mundo.

Impide aun más su acción beneficiosa la sugestión erótica del escenario. Millares de hombres desean a las actrices, no por sí mismas, sí por su aureola galante. Halo de notoriedad donjuanesca.

Infinidad de varones, no todos mozalbetes ni seniles, alardean de amistad con actrices populares. En el afán de conquistar mujeres de teatro late siempre un propósito de exhibición, de vanidad. Lo que ella pueda sentir como mujer

no se valora. Unicamente importa el acatamiento de los extraños.

Así, ignorante del psiquismo femenino, alejado del trato de las mujeres, atacado de sordera y ceguera sentimental, el español rellena con prejuicios huecos que debieran tener por contenido la experiencia. Los muros del alcázar de su ilusión sexual resultan por ello fatalmente algo absurdo, corcovado, mezquino y, lo que es peor, injusto.

V

DESPLAZAMIENTO DEL ENTUSIASMO

Normal, fisiológicamente, anida en todo hombre sano cierto caudal de entusiasmo. Remanente de energía, sobrante después de atendida la conservación de la especie y del individuo.

Este plus es el que la educación debe enseñar a emplear acertadamente.

España encarna la nación de los entusiasmos desarticulados, imprevistos, esporádicos. Por eso representó siempre el país de los grandes gestos, desatinadamente heroicos. El fracaso de nuestros educadores reside principalmente ahí.

No adiestran en el manejo, sistemático y periódico, del entusiasmo.

Nuestra falta de perseverancia, nuestras explosiones esporádicas y breves, hácennos gastar estérilmente tan precioso caudal.

En las cosas más inverosímiles. Tengo un amigo que al finalizar cada corrida de toros ha de acostarse rendido. Tanto gritó y se conmovió en la plaza.

En amor ocurre idénticamente.

El español no tiene entusiasmo por el sentimiento en sí. No ama el amor. No se deleita analizando su origen, su crecimiento, su desarrollo, su muerte.

Le entusiasma no amar, sino ser amado. El amor tiene, en él, mucho de duelo. No poco de victoria bélica. A lograr, a poseer una mujer, llámalo conquista. ¡Como en la guerra!

El objeto del amor antes que el amor mismo. Son escasísimos los varones que aciertan a pos-

trarse ante el milagro de su deseo, embellecido por la trascendencia de la misión.

Este entusiasmo errante es la clave de la vehemencia.

Como los transeuntes sin ocupación agólpanse en las calles ante el suceso pueril de una mula que resbaló en el asfalto, de igual modo, en ocasiones, por incidentes sin importancia, juéganse bravamente la vida los españoles.

A veces, por si la capa de Belmonte supera o no, en sabor torero, a la de *Joselito*.

Todo ese entusiasmo sin colocar afluye, tumultuariamente, en cuanto presiente un motivo, por lejano e insensato que sea su contenido.

Así, personas que permanecen indiferentes a todos los grandes problemas colectivos, personas para quienes no tiene personalidad ni la especie ni la patria, a quienes ni inquieta el problema de ultratumba ni los orígenes de la vida, ni ningún tema aristocráticamente espiritual, se *parten el corazón* por si cualquiera les tropezó

en la calle o pretendió subir, antes que ellos, al tranvía.

Estos poseedores de entusiasmo en holganza resultan temibles. A ellos pertenece el grupo de los hombres maduros, que ciegos, ofuscados, pretenden casarse con muchachas adolescentes, sin preocuparse de sus lágrimas, de su resistencia.

Idéntica raigambre a la de muchos autores de crímenes pasionales.

Desplazar el entusiasmo del amor al objeto del amor sólo riesgos presenta; ventaja, ninguna. Ni aun para el hombre. Entusiasmarse por el objeto y desdeñar el propio sentimiento es loca aventura. De ordinario conduce a la desgracia.

Hay dos modos de amar: cultivando nuestro amor; cultivando el de la amada. Con la primera técnica sólo sale favorecida la vanidad. Del otro modo los beneficios resultan incalculables.

El español no atiende de ordinario a su amor.

Un exceso de objetividad impídeselo. Como su entusiasmo no presenta tendencia a posarse no nacen propósitos de modelar el amor de la amada. Si el entusiasmo entra en liza, hácelo después de cristalizar en celos absurdos, ofensivos, crueles.

En el amor del español predomina una ambición de esclavizar a la mujer.

Ignora cómo hay fidelidades femeninas que tienen mucho de venganza.

Necesitando volver reiteradamente sobre este tema interesantísimo del entusiasmo sin empleo, con mayor o menor objetividad, no insistiremos más ahora.

Basta con lo expuesto para que el lector quede en condiciones de orientarse al juzgar la realidad de nuestras afirmaciones.

VI

AMOR Y HOMBRÍA

Expusimos como características iniciales del amor masculino la ignorancia del alma femenina, la dificultad para entender y valorar sus matices y la existencia de un caudal de entusiasmo errante. Ha llegado el momento de hacer desfilar las ideas básicas conductoras del sentimiento masculino nacional. Son cinco:

a) *La infidelidad de la mujer constituye un deshonor.*

b) *La mujer es inferior al hombre.*

c) *Cuantas más mujeres se hayan poseído, más mérito varonil.*

d) *Quien bien ama tiene celos.*

e) *Comprar el amor no es humillante.*

Acaso de estas cinco ideas ninguna posea tan firme arraigo como la primera.

Inútil tarea la de intentar convencer a los españoles de que el amor no es un sentimiento voluntario, encauzable, susceptible de normas rígidas. Para ellos que la mujer pierda el amor y deje de querer significa grave insulto a la masculinidad. Por algo los órganos básicos de la reproducción simbolizan el valor, la decisión.

No es sólo reacción al engaño. Eslo principalmente al desamor. Son infinitos los casos en que esposas y amantes confiesan serenamente, lealmente, su desamor y, no obstante, vense obligadas a soportar la tiranía de compartir el lecho con un hombre a quien se odia o simplemente no se quiere.

Mi calidad profesional impónemé la obligación, ni grata ni lucida, de intervenir en infinidad de conflictos de este tipo psicológico.

Aparece aquí un factor decisivo. La preocupación del qué dirán. El español tiene en mucho la opinión ajena. Carece de suficiente independencia para desdeñar rumores, maledicencias y comentarios.

Atmósfera de patio de vecindad envuelve a las gentes. Si la opinión ajena no inquietase lo que inquieta, el número de crímenes pasionales sería bastante menor.

No preocupa el sentimiento de la mujer. Centenares de muchachas casan obligadas por sus padres.

Son ¡todavía! los padres quienes aceptan o rechazan novios.

El hombre adinerado y rumboso cuenta fácilmente con la aquiescencia familiar. Si esa mujer les engaña luego, rugirá el orgullo varonil; el entusiasmo flotante se fijará, y las amenazas, los malos tratos corporales, incluso el asesinato, entrarán en escena.

Por eso los celos son en España esencial-

mente físicos y también las soluciones. Lo que pueda pensar la Deseada tortura poco. Lo interesante encuéntrase integrado por la conducta, el comportamiento.

¿Es fiel? ¿Vive honestamente?

Pues ya está todo. Lo demás, cosa secundaria. Inútil que la amargura, el desencanto o el ensueño imposible, asome a los ojos.

En cierta juerga estrepitosa y cínica oí yo a un marido, borracho, a quien otro compañero de orgía preguntaba por su mujer:

—¡En casa! ¡Es muy buena! ¡Un angel! *¡Claro que de no ser así no lo contaba! ¡Soy yo muy hombre para llevar cuernos!*

Millares de mujeres españolas viven espiritualmente solitarias. No hace mucho contábame una noble dama andaluza, viuda, que en sus treinta y dos años de casada ni una sola noche, ni aun la de novios, había dejado de ver al marido traducir, grosera y ostensiblemente, su exaltación alcohólica.

Era celoso como Otelo. ¡Y también muy hombre!

No le importaba verse censurado por borrachín, mujeriego y pródigo. Por cornudo no lo consintiera. Hubiera llegado al crimen.

El estribillo era:

—¡Ten cuidado! ¡El día que dés que hablar te mato!

La procedencia de esta influencia del qué dirán tiene muy complejo origen.

Embriagado de objetividad, falto de vida interior, el español actual, alejado de deliquios místicos y de aventuras guerreras voluntarias, no puede vivir sin unos adarmes de gloria, de vanidad, de orgullo.

Pónelos en la sumisión de la mujer, a falta de mejor y más fácil empleo.

En las clases muy cultivadas, el fenómeno palidece. Preocupa, como es lógico, la lealtad nupcial; ¡pero también el espíritu!

No es esto, sin embargo, lo corriente. Cuan-

do un amor muere, el hombre insulta a la mujer, cúlpala iracundo.

Pocas veces hácese esta sencilla y lógica pregunta:

—¿Hasta qué punto seré responsable de que esta mujer haya dejado de quererme?

Y sin embargo; ¿cómo negar que cuando un amor muere revela, siempre suma mancomunada de errores y desaciertos?

Hasta tal extremo es todo esto cierto, que frecuentemente registra la crónica sucesos en que hombres enfurecidos matan a mujeres que no cometieron otro delito sino negarse a empezar o continuar relaciones desagradables.

En nuestro país, la gente, en vez de compadecer al marido engañado, búrlase de él; aun en caso de ser digno, honrado, noble.

En el fondo, envidia. Somos un pueblo terriblemente envidioso. Las parejas de enamorados, enlazadas un poco efusivamente, des-

piertan la ira de los transeuntes. Nunca ternura ni nostalgia.

La escasez de aventuras reales compénsanse con cabriolas imaginativas; mas como esto no satisface seria, profundamente, queda el rencor. La mayoría de los compatriotas de Don Juan padecen hambre sexual. Aquí asientan las raíces de la rijosidad callejera. Sed de conquistas y, por tanto, envidia al conquistador.

Insúltase al esposo engañado por envidia al seductor. Y los casados, por miedo a que la falta de escarmiento constituya incitivo para las casquivanas.

Se envidia al seductor; se increpa al que no supo imponer severa sanción amedrentadora. El español desconfía sistemáticamente de la mujer.

Este ambiente de hostilidad al traicionado, objeto de bromas crueles, influye poderosamente en quienes, faltos de toda ocasión de triunfo, ponen las esperanzas últimas de reconciliar-

se consigo mismo sentando plaza de muy machos.

Conozco varios ejemplos de maridos celosísimos, a quienes sus mujeres no les importaban nada sentimentalmente.

Por paradójico que parezca, el asesino español de mujeres rara vez es un enamorado.

Constituye inclinación, cada vez más firmemente robustecida, la de no buscar en la mujer el incitivo para la espléndida floración del propio amor.

Infinidad de veces óyese la distinción entre el lecho de la esposa y el de la amante. Preténdese que el primero sólo admite ritos solemnes, severos, sin piruetas ni alegrías. Trátase de un automatismo. Por lo mismo el alma de la esclava ni se cotiza.

Estos celos tejidos con miedo a los comentarios comadreriles; este pensar que la infidelidad o simplemente el desamor de una mujer acredita de cobarde y poco varonil al hombre,

por inverosímil que parezca, es el eje de la vida sexual de relación.

Se toman sobradamente en serio las exteriorizaciones, las apariencias, demasiado frívolamente lo substancial del problema.

Por culpa de tan raras y paradójicas maneras de entender la liturgia del amor, la mujer española ama siempre un poco asustada, recelosa. Raras son las que se entregan confiadamente, sobre todo al marido. Muchos ritmos admirables quedan sin cuajar por culpa de tal miedo.

La suspicacia azuzada pensaría en la posibilidad de adiestramientos extralegales, cuando no son sino maravillosas intuiciones, que en la profesional nunca se dan.

Las cosas pasan como si los sucesos se desenvolvieran en una tribuna, ante jueces severos, implacables. Ni el hombre ni la mujer llegan a mostrarse en toda su sincera traducción del deseo, eje de la existencia.

Demasiado serio y circunspecto es el amor español. Como el estilo de muebles que lleva su nombre. Y ambos francamente incómodos. No permiten ni uno ni otro retreparse para quedar pensativos, sintiendo las ruedas del engranaje cenestésico.

En el amor que se da en esta tierra admirable, bella e interesante como ninguna, miles de hogares están regidos, no por el matrimonio, sino por los amigos del marido.

—¡No puedo quedar mal con los amigos!

Esta frase vulgar ha destruído más felicidades conyugales que todas las coqueterías femeninas.

Las burlas del café, las invocaciones a que el hombre no debe dejarse dominar por la mujer, han quebrantado más uniones dichosas que todas las hetairas del mundo reunidas.

Un sentido gregario, una falta de autonomía espiritual, una carencia de personalidad por poda ofuscada y cruel llevada a cabo en la

Escuela y el Instituto, hace posible tan absurda supeditación a la opinión ajena.

De todas sus influencias, la peor represéntala el olvido, el menosprecio hacia el alma de la novia, de la esposa, de la amante.

De este crisol proceden la mayoría de los dolores femeninos, como veremos en otro ensayo. A la mujer española, más que ser amada interésala sentirse comprendida. Poder romper el aislamiento reconcentrado a que se ve obligada; poder hablar, decir algo de las tormentas que estremecen su espíritu.

Condena a mutismo perpetuo sufren las españolas, y tanto puede el hábito y tanto el prejuicio, que ni aun cuando saben que pueden hablar atrévense a ello.

Como el hombre en vez de mirar a sus ojos mira a la galería, donde apíñanse curiosos desocupados y mordaces, la mujer calla, acabando por desear su ausencia, porque delante de él ni a pensar se atreve. A veces el pensamiento

asoma a los ojos. ¡Pero como él hállase pendiente de lo que puedan murmurar en el café!

No pocas preguntan llenas de lógica:

—¿Para qué me inquieto si luego no ha de calmarme?

Desgraciado montón de varones que no se atreven a apurar la copa por miedo al futuro. Ignoran que es siempre peligrosa la mujer asomada por propia cuenta a los abismos. La conducida difícilmente se decidirá a soltar el brazo del guía.

¡Pero como al español, más que el amor, le preocupa lo que pueda pensar la gente!...

VII

LA INFERIORIDAD FEMENINA

Ignorante del alma de la mujer, el español prefirió a estudiarla figurársela colocada en plano psíquico inferior. Indudablemente es la solución más cómoda. Como cuantas han supuesto y suponen creación de un comodín.

Idéntico mecanismo al justificador de la boga alcanzada por los espectáculos taurino y balompédico.

La embriaguez meridional impone hablar. Hablar rápida, bulliciosamente. Como función de fuegos artificiales. Hay que soltar palabras y palabras, alegres, fáciles, encendidas. ¿Mas

cómo renovar tan rápidamente el caudal de ideas?

Recurriendo a lugares comunes, a frases hechas, a prejuicios, *a comodines,* a conceptos manidos, resobados, lisos, lustrosos, fácilmente deslizables.

¡La famosa neurastenia!

¡La cacareada inferioridad de la mujer!

El español acostumbra a repetir, entre despectivo y conciliador:

—¡Bah, cosas de mujeres!

La mujer no merece beligerancia. Lindo juguete, cuando más. Tiénese para ella condescendencia gemela de la dedicada a los niños. La mujer es pueril, ligera, insubstancial.

¡En cambio los hombres!

—¡No debes meterte en lo que no te importa! ¡Son cosas de hombres!

Y las palabras resuenan con tono rotundo, campeador, incontrovertible.

¿Cosas de mujeres?

¿Cosas de hombres?

No resulta fácil establecer en la práctica tal distinción. Teóricamente, todos los varones la dan por lógica y bien destacada.

Cuando se pregunta aisladamente a los españoles en qué datos experimentales apoyan su creencia en la inferioridad femenina, no se alcanzan, sino excepcionalmente, respuestas sensatas y documentadas. Constituye un concepto totalmente huérfano de apoyo real.

Indiscutiblemente, la cualidad femenina que más contribuye a mantener enhiesto el prejuicio es la amotividad, fuerte, brusca. A veces un poco arbitraria.

Esta irritabilidad, esta amplificación afectiva descompone, turba. Las mujeres toman demasiado en serio el amor. El español no siente el deber de la fidelidad. Los amores gústanle fáciles, volanderos, sin derivaciones sociales ni estelas económicas, sabiendo a cosa sin impor-

tancia. La seriedad amorosa de la mujer parécele testimonio de su pobreza mental.

Por culpa de ello, una mayoría aplastante de hispanos regulan y desenvuelven su vida autonómicamente, sin intervención cordial, en camarada, de una mujer.

—¡Como comprenderás, estas cosas no voy a contárselas a mi mujer!

Frase repetida hasta la saciedad. La compañera no existe. Suele revestir otros aspectos.

Principalmente tres: el de hembra, el de madre o el de ama de llaves.

Concurría a casa de un amigo mío, ya muerto, cierto arquitecto, hombre de mundo, dicharachero y dominado, en lo que a la mujer se refería, por el vulgar prejuicio de la inferioridad.

Acudía, también, a la tertulia un maestro de obras ingenuo, lagotero y sumiso.

Un día contaba el arquitecto sus planes de veraneo. Llevaría a la familia toda a recorrer

la maravilla de los Pirineos: Luchon, Font-Romeu, Pau, Cauterets...

El maestro pregunta:

—¿Viaje de placer, don Antonio?

—¿De placer? ¡Le he dicho a usted que voy con mi mujer!

Exacta síntesis de un modo muy corriente de pensar en las tierras iberas.

A la resolución de los asuntos serios rara vez asiste la mujer.

De esta absurda manera queda privado, de sombra bienhechora, el yermo de la mayoría de las vidas.

Los que más estimulan cualidades espirituales de la Deseada. A permitir que se exterioricen nunca llegan..

Padecen nuestras mujeres una especie de tutela que, amordazándolas, impídelas exteriorizarse plenamente en toda la amplitud de sus posibilidades.

Insensiblemente aléjase así a la esposa, a

la novia, a la amante, del mercado de los sentimientos serios, transcendentales. Se embadurna su psicología de vanidad emperifollada.

Las mujeres no saben hablar sino de trapos. ¿De qué pueden hablar? De lo que más las gustaría dialogar, de sexualidad, las está prohibido. Se refugian donde se las permite refugiarse.

¡Lástima!

Ningún tema tan interesante como el del deseo. En ninguno refléjase tan límpidamente la personalidad.

La vanidad de las telas no es nunca sino resultante de un instinto incompletamente satisfecho.

Por paradójico que parezca, las mujeres que más hablan de vestidos son siempre las más heridas por el afán de ser desnudadas.

Los españoles recusan la coquetería cuando se trata de mujeres a quienes ellos han hecho concesión pública de su marchamo. Con las

otras es muy distinto el cantar. Tengo un amigo que echó en el platillo todo el coraje de que es capaz para evitar que su esposa se cortase el pelo según los dictados de la moda. Tiene, en cambio, una querida peinada a lo muchacho.

Curiosa esquematización. A un lado la esposa, la prometida, la amante legal. Al otro, el resto de las hembras.

—¡Se lo consiento porque no es mi mujer!

De esta arbitraria división fluyen consecuencias altamente importantes. A la que puede deshonrar se la oculta un sector considerable de la vida. Escuché este reproche.

—¡Así no se debe besar a la madre de nuestros hijos!

A la que no tiene riesgo de deshonor se la escamotea igualmente otra importante porción de pensamientos y sentimientos.

También escuché:

—¡Cosas tan serias no hay por qué contárselas a la querida!

O lo que es lo mismo: las relaciones entre él y ella tienen siempre algo de incompleto, de fragmentario, y ni él ni ella dan, en caso alguno, todo el rendimiento espiritual de que son capaces.

No es nunca total el amor. Se ama fragmentariamente y, por tanto, inconsistentemente.

Y el amor resulta cosa deslabazada, como sopa de convento.

Infinidad de mujeres tontonas y leales en brazos de un hombre, resultan sabrosas y desleales en los de otros.

No escasea el tipo, tan pintoresco como trágico, de los sesudos que tratan a sus mujeres como a entretenidas y a su entretenidas como a esposas. El resultado es no encontrarse jamás ante una mujer total.

Conozco un amigo, excelente muchacho, para el cual acaso el mayor placer que su in-

fidelidad repórtale es comer con el cuello desabrochado y los pies dentro de unas pantuflas, comodidades que no se atrevería a procurarse en su hogar.

Ignora de su mujer el ansia de cordial camaradería y de su amante un extraño afán lírico que se balancea en la melancolía azul de sus ojos. A ninguna complace, por ninguna es complacido totalmente; pero a las dos considéralas con menos seso que un mosquito:

—¡Ninguna sabe entenderme!

VIII

LOS ÉMULOS DE DON JUAN

El español envidia a don Juan. Siente la nostalgia del número en lances amorosos. En todo hombre hay un seductor latente. Que salga o no a la superficie, dependerá de las circunstancias.

Efecto de este sentimiento es la facilidad con que el español se inclina al adulterio. No creyéndolo delito ni casi falta.

Tal estado de avidez obedece, en primer término, a las dificultades que hallan las aventuras mercenarias. Se concede tan excesiva y desproporcionada importancia a la unión sexual,

que hombres y mujeres contémplanla amedrentados.

Y bueno será, para evitar descarriamientos al espíritu del lector, recordar que éste no es un libro de ética, sino de clínica. Nos limitamos a recoger e hilvanar hechos.

La exteriorización, torpe y descarada, del ansia sexual, convierte las calles de las ciudades en intransitables para mujeres solas.

Para muchos, esta acometividad traduce un exceso de vigor viril. Nadá más distante de la realidad. Salvo muy contados casos, no se trata sino de hambre, de alejamiefito del placer. Nunca soñó con comida el ahito.

No pocas veces significa una reacción. Propósito de dar sensación de audacia, siendo tímido. Infinidad de veces he comprobado cómo los piropeadores en manada pierden toda su osadía al quedar solos frente a una mujer.

Por otra parte, la pluralidad de historias significa carencia de una, recia y honda.

Se ha increpado a don Juan y no se ha acertado a ver que el seductor no era sino un desencantado. Persigue el amor, y como no lo encuentra, sigue, ilusionado, la pesquisa. Sus aventuras no son sino experiencias fracasadas. Si doña Inés hubiese surgido al comienzo de su vida, la leyenda del burlador no existiría.

Su bravuconería, su zalamero mentir, sus fanfarrones alardes de buen mozo afortunado, no constituyen sino modalidades, artificios de una técnica de éxito grande con la mayoría de las mujeres, seducidas más por el valor que por la cobardía, por la prodigalidad más que por la avaricia, por el atrevimiento más que por la timidez.

Cuando se ama de verdad déjase de pensar en conquistas. Amar es exclusión, monopolio, oligarquía sentimental.

La ambición de sumar nombres femeninos, tan propia de los varones de nuestro país, refleja bien la escasez de grandes pasiones.

Abundan los enamoramientos parciales; falta el amor, todo unidad y perseverancia.

El amor es enemigo de las conquistas. Por vulgar que parezca el concepto, es lo cierto que en nuestra tierra parecemos haberlo olvidado.

Constituyen dos cosas distintas amar y ser amado. Los galanes de Pirineos abajo prefieren esto último. La vanidad sexual propia de estas latitudes explica perfectamente el fenómeno. La mujer es un botín, una presa. No tiene categoría de criatura consciente.

Don Juan buscaba ser amado para decidirse a amar. Probablemente, a los imitadores ocúrreles lo propio, aun cuando de ello no se den buena cuenta.

Consecuencia del afán ilógico de acumular lances es un fenómeno, paradójico e interesante, que vamos a señalar.

Varones despectivos, *en apariencia,* hacia la hembra, puntillosos, escépticos, tórnanse en paladines celosos y esforzados de hetairas.

El sentimiento inspirado es lo de menos. Lo importante es la sumisión. El marido más aburrido, más insensible a los encantos de su esposa, más indiferente, cruje de ira y prorrumpe en amenazas y acaricia propósitos calderonianos apenas vislumbra la posibilidad de un desliz conyugal.

Es que concedido a la posesión de una hembra, significado de victoria de la masculinidad, forzosamente la rivalidad entre galanes tiene que teñirse de modo sistemático de odio implacable.

Cuando un rondador es favorecido por la dama, el rival sólo piensa en la venganza. ¿Por qué?

Elevando al objeto de amor sobre el amor mismo, las soluciones tienen siempre que oler a sangre. Infinidad de mujeres—según dijimos antes—murieron en plena juventud; no por desleales ni traicioneras, sino únicamente por

haberse negado a empezar o reanudar unas relaciones.

Otro motivo menos perceptible, pero no menos real, merece mención en este comentario sobre los orígenes del culto a la pluralidad de aventuras. El orgullo sexual, el amor propio desatado, genuino de nuestros climas, es animado infinidad de veces por intenciones de venganza.

Un sofión sirve de justificante a abandonos y deslealtades.

Hay así infinidad de relaciones con ambiente de combate. Forcejeo por ver quién esclaviza a quién. En muchos matrimonios de esposa dulce y sumisa, los malos tratos no son sino represalia contra otros inferidos anteriormente por hetairas llenas de altivez y coraje.

Esta rivalidad encorajinada, recelosa, asustada ante el bochorno de una posible derrota, hace que en los celos, al modo nacional, aparezca un curioso matiz: cuando se teme el enga-

ño, cuando se desconfía, no es basándose en la experiencia de mujeres falsas, sino en desmanes propios.

Un amigo mío, celoso desenfrenado, hasta linderos del delirio de interpretación, decíame, acosado por mis argumentos:

—¡Cierto, yo no tengo motivos de quejarme! Aun no fuí engañado, que yo sepa, por ninguna mujer; ¡pero como hice ser infieles a varias, no puedo tener confianza en ninguna!

De este tronco es rama la resistencia a conceder libertad plena a esposas y novias. Con la resistencia opuesta por la honradez y por la lealtad femenina no cuentan. Problema de galán. Si el galán surge, caerán. Como si la única solución de la mujer fuese dejarse seducir.

En algunas personas encuéntrase tan exagerada la tendencia, que nunca olvidaré cómo el esposo de una de nuestras lésbicas más arrolladoras respondía tranquilo, lleno de conformi-

dad y tolerancia, a las no muy discretas alusiones de sus amigos:

—¡Mientras no lo haga con hombres, tiéneme sin cuidado!

En muchísimos hombres, el acto de presentar a otro a la esposa, a la novia, a la amante tiene carácter subjetivo de un reto.

Hasta cabe dudar en algunos herederos de don Juan si su ansia de sumar victorias amorosas obedece a la persecución de un placer producido por la cantidad de mujeres rendidas o por la de hombres derrotados.

La hipocresía levanta velos que no permiten percibir fácilmente matices tales. No por ello son de menor realidad.

En resumen: envidiando a don Juan, encuéntrase el español espoleado por el ansia de sumar triunfos. La calidad de la hembra tiene ya menos importancia.

Entre una bella exquisita, sutil, inteligente y apasionada y dos docenas de zafias mofletu-

das, rezumando vulgaridad, la casi totalidad de los hijos de Isabel la Católica optarían por el montón.

Depende tan singular actitud de varios factores:

a) Escasa beligerancia espiritual concedida a la mujer.

b) Carácter de lucha bélica dado a las relaciones entre los dos sexos. La conquista saboréase en ocasiones como una venganza.

c) Dependencia establecida, falsamente; pero establecida entre la masculinidad y victorias sexuales.

d) Hábito de denominar amor sentimientos que no tienen nada de tal: amor propio, conveniencia, lujuria desmandada, etc.

Convertido en héroe popular don Juan, sosteniendo falsamente que el mérito de un hombre básase en tener en los brazos muchas mujeres y no una sola, forzosamente el amor va-

ciado de su serrín lírico queda convertido en muñeco flácido y arrugado.

Como el amor no es sino una reacción romántica, aunque inútil, contra las tiranías del instinto, viene a resultar, por una parte, que se privó a la ficción de todo valor sentimental; por otra, que se embarró y llenó de lodo, sin beneficio para nadie, la cristalina fuente del instinto sano.

IX

LA COBARDÍA ENNOBLECIDA

En tierras de España los celos encuentran fácilmente valedores. ¡Sin celos no hay amor!

Estímase inquietud natural, inevitable, tan lógica, tan dentro de lo normal, que cuando aparece un hombre fuerte, sano, incapaz de tales claudicaciones, se duda de su amor.

Suelen confundirse en estas cuestiones dos sentimientos no sólo distintos, sino, en varios aspectos, contrapuestos. Uno, el temor a ser engañado. Otro, el dolor de no ser amado. Al que quiere, preocúpale sobre todo no saberse correspondido.

Lo que generalmente llámase celos, no es lo

segundo, sino lo primero. Infinidad de varones muéstranse indiferentes a la calidad del amor inspirado; pero sí desazonados y llenos de sobresalto, en cuanto piensan en la posibilidad de un desliz por parte de su mujer.

A ello débese el excesivo uso de los términos venganza y represalias.

Abundan los hombres aislados, espiritual y casi corporalmente, de su esposa, frecuentadores de cafés, tertulias y espectáculos con amigos y conocidos, capaces de llegar al asesinato si el alma de la pobre abandonada cultiva en su más cálido rincón sentimental alguna ilusión lírica.

Amor y celos representan sentimientos opuestos, contradictorios. O los celos matan al amor o el amor acaba con los celos.

El temor a ser engañado nace siempre de un sentido de inferioridad, de una pobreza psicológica.

El fuerte jamás temió ser vencido por el débil.

Precisamente por ello, nuestros celosos excepcionalmente acuden a otra técnica que no sea propósitos de violencia. Jamás piensan en una reconquista del corazón que perdieran.

Tan exacta es esta afirmación, que el celoso español antes puede estimarse como miedoso del engaño, que inquieto por posible desamor. Es siempre física la infidelidad temida.

Entre los centenares de celosos asomados al cráter de lo patológico, que llevo vistos, casi nunca hallé preocupaciones por la calidad de lo pensado; en general, era el comportamiento lo puesto en duda.

El celoso tiene un fondo de constitución paranoide. No se olvide que el desarrollo de este germen encuentra en nuestro pueblo grandes facilidades. Cultivamos el recelo como una virtud. Lo que se llama experiencia no es sino hábito de desconfianza. *No fiarse ni de la camisa que se lleva puesta,* integra, en lo fundamental, la clásica gramática parda del aldeano.

Los verdaderos celos, los psicológicos, los que interrogan el enigma turbador de un alma femenina, escasean.

Es de los otros, de los que pudiéramos llamar seudo-celos, de los que vamos a ocuparnos.

El celoso nacional carece de ternura, rebosa orgullo. Por ello encuéntrase con relativa frecuencia el caso del amante que habiendo abandonado voluntariamente a una mujer, medita represalias feroces si ella "hace cara a otro hombre".

Ejemplo registrado por mí durante el tiempo que, como médico militar, estuve encargado de la asistencia facultaitva del penal de Ceuta.

Estudiante bravucón y juerguista. Muy hombre, según su propia expresión: "¡Yo era entonces muy hombre!" Seduce a una linda modistilla. Consecuencia: un pequeñuelo moreno, de cara pícara. Los padres de la muchacha, indignados; pero no totalmente calderonianos,

la echan de casa. Modistilla y estudiante vánse a vivir juntos. A los seis meses el seductor, cansado, abandona a la seducida. Ni un intento de protección económica.

La pobre vése amenazada con el desahucio. No tiene nada que empeñar. Un tendero se ofrece a mantenerla. Ella accede.

Y un mal día, el estudiante la mata ¡¡por dignidad!! *El no puede consentir que la madre de su hijo se entregue a otro hombre.* ¡Que se hubiera puesto a trabajar!

¿Se atreverá nadie a hablar de amor en este caso?

Hay en el fondo de la masculinidad española un enfatuamiento sexual, semilla de otelismos absolutamente recusables. Se cree tener un derecho rotundo al monopolio sexual de mujeres a las que, en cambio, no se ofrece la menor compensación de verdadero cariño.

¿Por qué?

No intentéis razonarlo. Nuestro varón repu-

ta por mérito el serlo, aun teniendo conciencia de que en ello para nada intervino su voluntad.

¡Todos creen merecer el amor!

Y es que se desea a las mujeres, más que por ellas mismas, por el afán de que se enteren los demás.

¿No os fijasteis en lo alabanciosos y parlanchines que son nuestros conquistadores?

De aquí deriva un hecho paradójico, pero de alto interés como demostración de mi tesis.

El español, siempre receloso, desconfiado, no sólo no oculta sus conquistas a los amigos, sino que es común ver cómo a las francachelas y reuniones de aquéllos acude llevándola junto a sí.

Uno de los hombres más celosos que he conocido acude diariamente a una peña de cervecería, donde se reúnen ricachos, despreocupados y cínicos, ¡con su querida! El placer de que le envidien supera a la preocupación de que lo derroten. Preocupación tan clara y ob-

jetiva que más de una vez hubieron de decirle:

—¡No pongas esa cara, hombre! ¡Se trata de una broma! ¡Nadie quiere quitarte la paloma!

De la estúpida vanidad de ese hombre hay numerosos ejemplares en circulación.

Abunda también el falso celoso o, mejor dicho, el sadista que finge celos no sentidos porque goza torturando a la mujer a él ligada por lazos del afecto, de la Vicaría o simplemente del dinero.

Para muchos resulta agradable sensación la experimentada haciendo correr lágrimas por las mejillas de una mujer. El diagnóstico ante casos tales, es siempre el de sadismo; pero no siempre tiene aspecto de justa tal rotulación.

A veces trátase sólo de un afán de comprobación del dominio. Se veja y humilla como demostración de un poderío necesitado de constante comprobación.

También hay quienes fingen celos con la pue-

ril intención de adelantarse a los hechos. Como alerta de centinela. Indicio de que el honor vela.

En algunos celosos, la desconfianza nace de razonamientos justos. Si yo no acierto a satisfacer por entero las ilusiones sexuales de la Deseada, ¿no sentirá ésta tentación de buscar quien haga un milagro sin el cual tan difícil resulta vivir?

Es el tipo más humano, más merecedor de ternura y el que más cerca encuéntrase de la abnegación y la generosidad.

Como polo opuesto figura el antipático, odioso y acreedor a las repulsas todas, para quien decir estoy celoso equivale a lograr patente de cruel sin responsabilidad.

La legión de los torturadores de mujeres inocentes, que al ser increpados responden, como si con ello lograsen justificar su barbarie, que estaban celosos.

Los celos, por suponer estigma de ineduca-

ción, en vez de disminuir, deben aumentar la culpabilidad.

Hemos intentado sistematizar las variantes de celos masculinos que con mayor frecuencia obsérvanse en nuestro país. La forzosa limitación de espacio impuso no dar al tema toda la amplitud clínica que merece; mas así y todo, con lo expuesto basta para dejar bien destacado de qué modo el lugar común de que no hay cariño sin celos carece de realidad.

Los llamados celos no es sino una amalgama de orgullo, desconfianza, ineducación sexual y falta de verdadero amor.

X

CUÁNDO EL CAZADOR COMPRA LA CAZA

En el caudal de desacuerdos existente entre el concepto teórico que del amor tienen los hispanos y su manera de comportarse prácticamente, acaso ninguno tan interesante, tan complejamente desconcertador como el del amor mercenario.

Admite, la casi totalidad de las gentes, la existencia de un amor platónico, falto de toda concomitancia física: exquisito y espiritual. Por encima de toda necesidad de aliño visceral. Pasión sin deseo material. División precisa, rotunda.

Hay dos amores separados por hondo tajo. En una orilla, lujuria, hambre de posesión, lascivia, prosa. El beso es una inocencia. El espíritu no vale nada. La carne lo es todo.

En la margen opuesta, poesía, castidad, inocencia, ensueño, idealidad. El beso representa suprema audacia. La carne constituye elemento despreciable, nauseabundo. Lo excelso, lo noble, lo generoso, tiene por alambrada bélica el diafragma.

Difícil hallar nada más preciso ni más recortado.

Sin embargo, quienes así piensan, o parecen pensar, adoptan, luego, en el tráfago de la vida la más extraña actitud.

El amor mercenario no avergüenza. Pagar el amor no estímase nada vejatorio, abochornador.

Contrariamente, coméntase con tolerancia y se acoge con deleite, el relato de este tipo de *conquistas*.

La influencia que tan singular condescendencia ejerce en la vida nacional es considerable. Cotizando elevadamente la compra del amor se ciega, automáticamente, uno de los grandes filtros morales de que cabe disponer, en el vivir colectivo.

Estimando honroso sólo el amor no retribuído, adquiere, éste, carácter de selección. Establécese un propósito de mejora. Nacen intenciones de depuración. Escógense normas de perfeccionamiento.

El mismo valor se robustece, afirma y abrillanta.

Hay que merecer a la Deseada. Y el pensamiento entero vibra, trémulo, a impulsos de un afán de superación. Los motivos eternos de la especie hacen sonar sus arengas enardecedoras. Y si ella lo exige, detiénense los labios a un milímetro, anhelantes y vencidos.

Comprar el amor crea hábitos bien opuestos. Lo esencial es el dinero. Teniendo dinero se

encuentra amor. Y siendo éste lo mejor de la vida y lo único capaz de concederla significados transcendentales, las ambiciones todas pónense en la adquisición de aquél.

La existencia tíñese de plebeyez. Tórnase zafia y áspera.

Pregúntanse, entre atónitos y desconcertados, cuantos acuden a contemplar el psiquismo de las nuevas generaciones, dónde radica ese sentido metalizado que del vivir tienen las nuevas generaciones.

No es necesario emprender largas caminatas para dar con el manantial. Los jóvenes ignoran la dicha de hacer el amor; adquirieron la costumbre de comprarlo hecho.

La calidad de los caracteres desciende.

De tal modo cundió el hábito que acuñó una creencia. La de que las mujeres son incapaces de entregarse desinteresadamente. Ello constituye injusticia e inexactitud. Lo ocurrido es

que los hombres renunciaron a la empresa de inspirar pasiones desinteresadas.

La española no sólo encuéntrase capacitada para sentirlas, sino que las prefiere. Padece sed de amor lírico.

¿No fué ella quien vistió de oro al muñeco eje del mundo?

Esta creencia en la falta de desinterés por parte del elemento femenino, ha originado deplorables efectos en el tono de las conversaciones intersexuales. El hombre español, cuando corteja, presenta lamentable aire de chamarilero.

Por culpa de tales actitudes, en amor regatéase ya como en las plazuelas.

Hoy estímase prueba de poca inteligencia creer en el amor; pero el instinto justiciero, implacable, sabe ¡siempre! hacer valer sus derechos.

Habiendo renegado del amor cuando jóvenes, cásanse muchos viejos con la cocinera.

Se llegó a considerar como vergonzoso estar enamorado; no cotizar la posesión de una hembra.

Es no menos ilusa la pretensión de tener opción a fidelidad absoluta, sin otra recompensa que el de un puñado de pesetas.

Toda mujer cuyos besos se pagan, forzosamente guarda en el pecho una ilusión desinteresada.

Está más cerca del amor de una mujer quien, explotándola, se come sus ganancias que quien la paga, por espléndido que se muestre.

Como veremos en otro ensayo, la mujer tiende, espontáneamente, más a dar que a recibir.

Relacionado con este tema, preñado de horizontes magníficos, existe otro que no debo pasar en silencio. Abundan, en nuestro país, los casos de hombres enamorados tardíamente. Cuando los aladares son blancos y grises las ideas.

El momento de las explicaciones tímidas e

incoherentes. Se habla de bondad y conveniencia porque avergüenza hablar de ilusión sexual. Y es que penoso y censurable resulta comprar el amor egoístamente; mas representa algo peor estar enamorado y pagar.

La forma más ridícula del amor mercenario; precisamente la que abunda.

Encarna una verdad, no por lancinante menos exacta, que en España se enamoran los hombres mucho más de las deshonestas que de las castas.

Encuéntrase sosa a la mujer decente.

Nueva contradicción que interesa señalar.

El placer fundamental del amor es iniciar; su justificación suprema, descubrir. En las vendedoras de amor no cabe iniciar, no hay, tampoco, misterios que descubrir. Sin embargo, el español busca preferentemente a la hetaira.

¿Por qué?

Por pereza. Gusta de vestirse con ropas hechas.

La mujer decente es siempre más sabrosa que la profesional de los ritos de Venus. Representa una energía poderosa en estado de potencia. No aguarda sino la llegada de su Mesías. En la profesional, todo es rutina, mecanismo. No hay lugar para nuevas perspectivas.

Cuando oigáis hablar a los hombres de la sosería de una mujer casta, pensad que los sosos son ellos. En muchas ocasiones, aquí y no en ninguna otra parte, reside el secreto del triunfo de algunos amantes, aparentemente inferiores, sobre maridos aparentemente superiores.

Frecuentar el trato de hetairas de más o menos vuelo, implica, siempre, desastrosa lección. Habitúa a no tener iniciativas.

Son corrientes los casos de hombres llenos de leyenda, de fama de seductores entre las chicas de la, irónicamente, llamada vida alegre, que en lances con muchachas decentes no sólo

no logran interesarlas, sino que resúltanlas insoportables.

Incapaces de representar para ellas el más pequeño estímulo.

Tenía yo un amigo—ya muerto—que en los burdeles lujosos había adquirido recio prestigio de irresistible. Las más empingorotadas hetairas ilusionábanse con él. Sin embargo, en tres ocasiones en que seriamente, con leales pretensiones de matrimonio, se dirigió a otras tantas muchachas, fué rechazado total y firmemente.

El trato de las vendedoras de amor no es, sin embargo, estimado por los españoles como nada vergonzoso ni desacreditador. Conviene insistir en ello.

XI

EL TRÁGICO MOMENTO DE LA INICIACIÓN

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

En España carécese de iniciación verdadera. Es, ordinariamente, obra del azar.

Los padres no tienen, ante el grave problema, otra actitud que la abstención y el misterio. Nace tan perjudicial prejuicio del erróneo concepto de que la sexualidad no merece beligerancia hasta el momento de la adolescencia.

La doctrina de Freud no logra prosélitos en España. Si acaso, fugaz éxito de curiosidad. Material para arcos levantados por eruditos a la violeta.

Pero esa máxima verdad de que el niño po-

see sexualidad intensa, potente, no consiguió abrirse camino. No sólo en los profanos, sino entre algunos profesionales de la educación.

En el Congreso de Pediatría de Zaragoza, un educador levantóse, airado, para asegurar que antes que dar instrucción sexual a un niño era capaz de romper su título.

Con tal ambiente, no tiene nada de extraño que la verdad básica no llegue al pequeñuelo, sino excepcionalmente, por conducto de sus padres.

Como iremos viendo, los riesgos de tal manera de entender la cuestión son graves y numerosos.

El principal, deriva de que la curiosidad infantil no se satisface con evasivas ni disimulos. El niño necesita enterarse, conocer, darse explicación del por qué de las cosas. Padece avidez de aprender.

Si no calman su afán, buscará lograrlo por

propia cuenta. Establecerá una hipótesis absurda, descabellada y siempre peligrosísima para la vida ulterior.

No se trata de verdad obscura, difícil de poner de relieve. Basta con observar un poco atentamente a los niños. Es suficiente con acudir a los propios recuerdos.

Sin embargo, los padres españoles creen o aparentan creer, que con un:

—¡Niño, eso no se pregunta! ¡Cuando seas mayor lo sabrás!—se ha salido del paso.

No se paran a meditar que el niño así rechazado apelará a su imaginación. Solución gravísima.

Buena línea de conducta es la de no avivar la curiosidad del niño; pero si despertó, lo único recomendable será satisfacerla con discreción y tino.

La psicología del español resiéntese fuertemente de esta iniciación defectuosa. No de otros orígenes viene la rijosidad. Desde niño

empiézase a ver en lo sexual algo misterioso y pícaro.

Falta esa serenidad grave y comprensiva del que aprendió en la infancia a no considerar la función sexual sino como una de tantas: la digestión, la circulación...

Se enturbiaron las fuentes claras del instinto, sin ventaja para la felicidad, ni para la moral.

Se adquirió el hábito de que cuanto se relaciona con la función sexual es algo que sólo puede referirse en voz baja, boca junto a oído.

De tan extraña concepción derivó llamar a los padecimientos venéreos enfermedades secretas, convencionalismo causante de estragos horribles en la Humanidad.

En general, las primeras nociones son transmitidas al niño por otro. Consecuencia de ello la versión resulta en general fantástica, guarnecida de disparates que, aun siéndolo, vier-

ten inquietudes y sobresaltos perturbadores en la vida interior del pequeño.

Casi nunca redúcese la confidencia a una información neutral. Suele acompañarse de incitaciones a la masturbación, en no pocas ocasiones a maniobras pederásticas.

En miles de masturbadores vistos por mí, por padecer trastornos psiconeurósicos, pude comprobar que cayeron en la dañina costumbre impulsados por camaradas de su edad o mayores.

La negativa de los padres a dar respuesta cuando el muchacho esperábala anhelante, crea un estado de curiosidad propicio a admitir como verdades los mayores dislates.

Esta iniciación precoz en las prácticas autoeróticas malogra infinitas juventudes, cuajadas de dichosas posibilidades. El hábito persiste y aleja del camino del buen amor.

Sin temor a ser desmentido, puedo afirmar rotundamente que el número de jóvenes apar-

tados del matrimonio por culpa de perversiones autoeróticas es considerabilísimo, ¡enorme!

Los niños adoctrinados por sus padres resisten mucho mejor la tentación que aquellos a quienes se negó este enorme beneficio ético y psicológico, en nombre de un pudor que no es sino incultura, pereza y falta de cariño verdadero.

Resultan menos abundantes, pero no menos nocivos, los casos de iniciación criminal llevada a cabo por adultos brutos y crueles.

No constituyen, ni mucho menos, excepción los padres que se recrean haciendo decir a su hijo palabrotas, ni los que gozan hablando al niño de groseras alusiones a la función de los órganos de la reproducción.

Una familia de quien nunca recibí sino atenciones, ha dejado de tenerme por médico, como protesta mía contra lo gracioso que padre y madre encontraban hacer repetir al niño, en

frases soeces, para quién iban a ser sus órganos sexuales.

Muchas, muchísimas psiconeurosis de la edad adulta no obedecen a otra causa que estos traumatismos psíquicos.

En nuestro país no existe respeto para el alma infantil.

De nada sirve, insistimos en ello, no responder cuando el niño pregunta, si luego ha de dejársele a merced de la mala intención, de la barbarie de adultos sin corazón.

Puede que algún lector confiado y optimista crea ver exageración en lo dicho. Se equivocará. Los hechos muéstranse superiores a lo escrito.

El abandono en que las familias españolas tienen la evolución sexual de los pequeñuelos explica claramente las anomalías de conducta a que luego hemos de referirnos.

El adulto procaz injerta en el alma del niño

tendencias a envolver, en mantos de malicia, cuanto con el sexo guarda relación.

No se habla nunca por estos dañinos heraldos de sublimación ni de serenidad fisiológica, sino de pecado, de falta, de secreto incrustado de picardía.

El tercer procedimiento de iniciación sexual hállase integrado por los espectáculos. Sin embargo, justo es declarar que contra lo que se escribe y predica, el *cine* y el teatro desempeñan, en España, papel secundario. Cuando los niños asisten a un espectáculo, ya se han asomado al enigma.

Lo que hacen las diversiones, singularmente el *cine*, es completar el conocimiento del acto sexual, no iniciar en los primeros datos.

Hecho curioso las escenas de amor de las películas, con sus besos interminables no logran nunca rectificar el concepto formado a través de las confidencias de otros niños. Se deforma

todo antes que abandonar la suposición, tan trabajosamente elaborada.

En este sentido, hacen al niño mucho mayor daño que las películas, los atrevimientos de las parejas de enamorados. Hace dos meses tuve ocasión de realizar el psicoanálisis de una señorita, víctima de extraña fobia hacia las manos masculinas ensortijadas. El método freudiano puso en claro que tratábase de un proceso de raigambre infantil. De la emoción recibida al descubrir ante la actitud de su hermana mayor con el novio, dónde radicaba el mecanismo del amor.

Es, por tanto, necesario evitar que las gentes se contenten con admitir como causa básica de la mala iniciación el teatro o el *cine*. En nuestro país son enemigos mucho más temibles los otros niños y los adultos encanallados que, por serlo, no retroceden ante la blandura, propicia a todas las huellas, del alma infantil.

El azar interviene a veces de modo decisivo.

Novios descuidados, intimidades conyugales no bien reservadas, animales domésticos ajenos al concepto ético humano...

Fácilmente se comprenderá cómo quien así fué iniciado, moviéndose en un ambiente donde el goce mercenario no tiénese por humillación, difícilmente llegará al amor decisivo en aquel estado de pureza subjetiva que los intereses de la especie demandan.

Así es, en efecto, como ocurre. La trayectoria sexual de la mayoría de los españoles puede esquematizarse de modo parecido a este:

a) Fase de iniciación.—El niño aprende las primeras nociones de boca de un camarada o de un adulto. Cede a tentaciones autoeróticas. Lee libros obscenos. Contempla postales de la misma índole. Es la segunda enseñanza o el aprendizaje del oficio.

b) El autoerotismo se incrementa.—Muchas veces adhiérese como hábito indesterrable. De hurtadillas, conducido siempre por un ma-

yor, visita por vez primera el burdel. Los corceles de la lujuria llenan de fiemo su alma. Burdel y autoerotismo alternan disputándose el lugar preferente.

Los tímidos retroceden asustados y se refugian en el autoerotismo. Cáusales miedo la procacidad de las rameras. Nunca les pertenece la iniciativa. Déjanse llevar. Su placer es superficial. En ocasiones preséntanse claudicaciones funcionales atemorizadoras. Vidas admirablemente dotadas piérdense, así, entre las brumas de costumbres que merman la inteligencia y la actividad.

También retroceden los aprensivos. Se recargan en demasía los tonos al hablar de las enfermedades venéreas. Los apocados, los hipocondríacos, deciden conformarse con la satisfacción autoerótica.

El burdel fomenta esta tendencia más que las prédicas y amenzas.

c) El autoerotismo bátese en retirada.—

Triunfa el burdel. Inícianse las aventuras. La criada fácilmente deslumbrada, la modistilla pronta a embriagarse de ilusión y novelería, la compañera de carrera o de oficina.

No todos llegan a esta etapa final premonitoria del matrimonio o de la amante crónica. Unos detiénense en el autoerotismo; otros, en el burdel.

Pero si presenta palpitante interés el conocimiento de los aspectos objetivos de estas etapas, no es menor el significado por los elementos subjetivos:

a) El niño encuéntrase como atontado.— Busca incesantemente explicaciones que no halla. Para calmar su inquietud vese obligado a crear hipótesis.

Falto de experiencia, cuanto se le ocurre es absurdo, impreciso, lleno de lagunas.

Las prácticas autoeróticas, complaciéndole, no bastan como sedante. Todo su espíritu hállase concretado en una interrogación angustiosa. El

desnudo femenino, aun vislumbrado a medias, aun conocido sólo merced a litografías obscenas, súbesele a la cabeza emborrachándole.

La mujer inspira, más que deseo, curiosidad. Resulta tan fuerte el contraste con la propia psicología, que ésta muéstrase vacilante. Instante crítico. La personalidad puede convertirse en un magma amorfo e inconsistente.

b) La noción de que el placer puede lograrse por propia cuenta o simplemente merced a unas cuantas monedas, facilita falso concepto de la vida.

Puede prescindirse de toda actitud romántica. No hay por qué padecer persiguiendo cariños de mujer. Queda una enorme cantidad de entusiasmo falto de empleo. A merced de todas las sugestiones. La vida sexual da miedo: tímidos, hipocondríacos, o encallece la sensibilidad.

Resultado monótonamente idéntico. Si la novia surge, estímasela, según luego veremos, de manera totalmente reñida con la realidad.

O autocráticos para toda la vida, o para toda la vida afectos de anestesia sentimental. Es cuando se llama experiencia la puja del amor.

Arrasados quedan los huertos de la vida interior.

c) La ternura enmudeció para siempre.—La mujer es un botín. La época de abandonar a la seducida. Un egocentrismo enloquecedor impide oír los tic-tac del pensamiento.

No se ama: se desea a la mujer. El amor propio rige la existencia toda. Las relaciones con el sexo opuesto adquieren carácter de combate. Ella, a resistirse. El, a intentar dominar. Y como fondo, el amor pagado.

Siempre, desde uno y otro punto de vista, menosprecio por el alma femenina.

Si surge el amor recíbesele hostilmente. La sombra de Don Juan estimula crueldades y olvidos.

Dato más, dato menos, es éste el itinerario

seguido por la mayoría de los jóvenes nacionales. Sus efectos resultan, así, forzosamente desatrosos para la felicidad del individuo y las conveniencias de la raza.

Los adolescentes conocen el acto sexual antes que el amor. Lo mejor de su ilusión es ofrendado ante el ara melancólica de un lecho de mancebía.

Cuando llegan a mirarse en los ojos de una virgen, sus labios conocieron ya la flacidez desencantada de las bocas mercenarias. Ni la iniciación teórica ni la iniciación práctica, tuvo la aureola de ternura y castidad que su rito requiere.

Es aquí donde han de buscarse las raíces de la resistencia del varón español a trabar conocimiento fraternal con el alma femenina. Le enseñaron a proceder así las demasías de los años mozos. La ramera, más enterada, más dueña de sí, les impuso, les acorraló. El mecanismo siguiente es sencillo artilugio de bravuconería.

Fingir desprecio para ocultar un temor.

El español es, en amor, tímido. Siempre, por lo menos espiritualmente. Infinidad de mujeres han pasado los años mejores junto a hombres que jamás intentaron asomarse a sus almas fingiendo desdeñarlas por inferiores.

¿No contemplasteis, con pena, cómo los jovenzuelos de ahora búrlanse tenazmente de toda actividad lírica? Como eriales sus almas.

Es el problema de la iniciación trascendental entre cuantos plantea el modelamiento de las personalidades infantiles. De él depende la dicha y el rumbo de la vida. Quien recibió el primer beso de labios mercenarios no logrará jamás verse libre de tal estigma.

Por desgracia, las gentes desoyen a cuantos predicamos la conveniencia de conceder idéntica importancia a la virginidad masculina y a la femenina.

Como más adelante veremos, una de las más singulares características del esposo es-

pañol es la falta de tacto conyugal. Habituado a las rameras, temiendo ir más allá de lo lícito, quédase más acá de lo debido. Y el número de defraudadas es infinito.

Constituye la iniciación defectuosa, torpe o violenta, uno de los más graves males del amor español, y también una de sus más destacadas peculiaridades. Insistamos en ello. Su trascendencia lo justifica.

No es éste un trabajo de moral, ni ambiciona cambiar los derroteros de la ética ambiente; pero aun tratándose de síntesis de urdimbre clínica, es tal la importancia de la cuestión, que no creemos caer en pecado de extralimitación atreviéndonos a aconsejar al lector que nunca olvide cuanto aquí va escrito.

En el difícil momento de la iniciación sexual naufragan infinidad de posibilidades de ventura por culpa de la ineducación que venimos comentando.

Para lograr ser dichoso no hay regla mejor

que no pedir a la vida más de lo que ella puede dar.

Tan sabia lección únicamente labios maternales pueden enseñarla. En España los labios maternales, descuidados o temerosos, rehuyen tal misión.

XII

EL PARAÍSO OLVIDADO DEL NOVIAZGO

De todos los aspectos, de todas las fases del amor, nada tan mal entendido, en España, como el noviazgo.

No es afán de desconcertar al lector; sí traducción fiel de la realidad. Convencerse sólo requiere hacer sencilla pregunta.

—¿Cómo entiende usted el noviazgo? ¿Cuáles piensa que son sus finalidades?

Así adquiérese convencimiento pleno de la desorientación ambiente.

El noviazgo no es sino una forma burocrática del mecanismo de seducción, base indispen-

sable para que la unión del hombre y la mujer tenga justificación biológica. La unión sin deseo es siempre pecado de lesa naturaleza. En muchos casos, delito.

El noviazgo constituye en substancia un noviciado del matrimonio. Fuera más acertado haber escrito *debiera constituir*.

Los padres intervienen de modo totalmente desafortunado. Aun cuando las novias de los hijos les interesan sistemáticamente menos que los novios de las hijas, en ambos casos la preocupación procede de idéntica sollera. Primero, la capacidad económica de la familia con quien se va a emparentar; después, la reputación social. Claro que colocando la reputación sobre la conducta.

De si se aman o no los muchachos, de cómo se aman, no hay para qué ocuparse.

No obstante, en ello reside el verdadero interés del tema. La ilusión sexual basta para convertir en pródigo al avaro, en bravo al tímido.

Otro defecto de los padres: no intervenir en el noviazgo sino cuando ya existe. Ignoran el arte magnífico de que el hijo crea descubrir, no haciendo sino obedecer. Como dije en un discurso del cual proceden algunas razones de las aquí expuestas, el secreto del éxito paterno, previsor y vigilante, está en que parezcan recién caídas del árbol frutas que intencionadamente se colocaron en el sendero.

Por culpa de una intervención paternal tardía, el noviazgo español, nutrido de amor, llega ordinariamente retrasado. Nuestros compatriotas enamóranse a destiempo. Antes del amor conocen el burdel y los amoríos frívolos.

La salud espiritual requiere, por el contrario, amores precoces; cuanto más, mejor. A quien carece de educación sexual sólo puede salvarle del riesgo de enlodarse, por vida, el corazón, de encallecer la sensibilidad, un amor intenso, avasallador. Aun nacido en noviembre.

Uno de los problemas más cuajados de tras-

cendencia de la juventud es el de la diferenciación sexual. Resulta corriente el tipo de hombres de personalidad sexualmente borrosa. El rebaño triste y apesadumbrado de los autoeróticos, de los tímidos, de los ereutofóbicos, de los acobardados, de los huídos.

La novia pudo ser salvación, consuelo y reforzamiento de las características masculinas. Pero el padre, amenazador y severo, impidió, dificultó todo noviazgo. ¡A estudiar! ¡Esas chiquilladas sólo sirven para perder el tiempo!

La falta de amores románticos en la primera juventud explica el prematuro escepticismo padecido por las nuevas generaciones.

Téngase en cuenta que el noviazgo por nosotros ensalzado, aun cuando con etiqueta de romántico, no ha de estimársele como tal, de modo absoluto, ya que ello no respondería a la realidad y sí sólo a una concepción teórica nutrida de prejuicios y cegueras.

La tendencia natural del hombre es unirse

temporalmente a una mujer. Los moralistas vieja escuela creyeron que inventando el amor platónico lograrían dotar de puertas al campo. Y se pretendió sostener la posibilidad de amores sin deseo, como si hubiese alguien capaz de ir al matrimonio no deseando a la prometida, salvo los casos donde entra en juego conveniencias materiales o vanidades de escayola.

A través de numerosas encuestas, llevadas a cabo por mí, privadamente, puedo afirmar con todo género de seguridades, que no encontré ni un solo enamorado que no desease la posesión de su amada.

Llamamos romántico al amor no desmaterializado; pero sí líricamente ennoblecido por un afán de unión matrimonial.

Este tipo de noviazgo rara vez preséntase así inicialmente. Los noviazgos son una lucha entre la ambición masculina a conseguir y la resistencia femenina a conceder.

En este forcejeo pueden ocurrir varias cosas:

el asaltante se cansa y desiste. Embriagado de ilusión acepta la boda como aceptaría cuantas condiciones se le impusieran. Logrado un buen botín, si no siente ternura dase por satisfecho y huye—¿verdad vírgenes locas de los *cines?*—Dominado por un sentimiento de piedad hacia la vencida, estima que el resultado de sus audacias crea un compromiso, una cadena y acepta igualmente el altar.

Ni un instante aparece en el horizonte el sentimiento de especie. Noción del deber de la sana reproducción.

De cien muchachos a quien he preguntado cuál era su sentimiento dominante, al hallarse junto a la novia, noventa y cinco me dijeron que el entusiasmo, despertado por la belleza física de la Deseada.

Tres me hablaron de la gracia; uno, del encanto causado por el talento de aquélla, y sólo también uno, de la bondad. Este, además de novia, tenía una amante.

La ilusión del noviazgo nútrese siempre de motivos físicos; en el desencanto abundan razones intelectuales.

No se piense por ello que la belleza es la determinante de la mayoría de los noviazgos. En general, el español teme a la mujer ostensible, chillonamente guapa, para casarse.

Espontáneamente, el español no piensa en casamiento cuando empieza un noviazgo. Es casi siempre determinación tomada *a posteriori*.

En ambos casos no intervienen en la decisión meditaciones ni experiencias. El español no estudia a su novia; déjase llevar por la seducción personal.

Así, como luego diremos, abunda considerablemente el número de matrimonios infelices porque la esposa resultó distinta de la novia.

Los desencantados acusan a la mujer. Lo justo sería culparse a sí mismos.

¿Qué decir de la perspicacia de quien tras

ocho años de noviazgo descubre la noche nupcial que desconocía el alma de la escogida por esposa?

El español habla demasiado de la trascendencia del casamiento, excesivamente poco de la del noviazgo. Cuando se ha utilizado bien el tiempo de éste, la boda es un rito sin importancia. Lo más está construído; lo menos, por edificar.

Durante el noviazgo debe llegarse a la investigación absoluta de todos los recovecos del alma de la Deseada. Hay que disecar el corazón de ella y el propio. Con el mismo tesón y la misma minucia. Los tímidos más dañinos para sí mismos no son los que no se atreven a declararse, sino los que una vez declarados retroceden, acobardados, al recibir el calor de los crisoles del instinto.

Los novios adoptan muchas veces, en este punto, una modalidad francamente recusable. La del novio que se aburre. Muy serio, muy

formal, muy discreto, de mirar apagado y palabras reflexivas.

—¡Es ya como de la familia!

Tales amadores debieran no casarse. En su ara no arderán nunca los leños sagrados de la ilusión.

El amor requiere romper con el ambiente, encastillarse en un sentido personal de la existencia. Los novios deben tener ambiente de amantes. El noviazgo es camino de seducción y, por tanto, de independencia.

Abundan, sin embargo, los galanes que más que de la niña parecen novios de la madre. La dicha no acampará en sus hogares.

No es misión del noviazgo frenar las impaciencias del instinto, sino avivarlas. El matrimonio en frío, tranquilamente, como quien alquila un piso, es totalmente recusable desde el punto de vista de las conveniencias del individuo y de la especie.

Pero estos noviazgos trepidantes son preci-

samente los condenados por las gentes, los censurados, los dificultados.

El noviazgo formal es cada día más soso, menos alucinador. Al contrario de lo que debiera ocurrir.

Los noviazgos *con buen fin* conviene que sean los menos graves, los más cascabeleros.

Lo del buen fin acusa siempre un error de enfoque o una mentira. Al empezar un noviazgo no debe llevarse fin alguno. Debe irse a lo que salga. Y así van muchos novios. Todos los enamorados de su novia.

En este grupo de los del buen fin no hay sino corazones fríos y teorizantes. En la vida se invoca la bondad, la cultura, el dinero, cuando no puede traerse a colación el amor.

Al amor no le interesa nada que no sea él mismo.

Resulta frecuente oír, a padres y tutores, dolerse de la poca beligerancia sentimental concedida a las virtudes. Y es que la moral no tiene

nada que ver con la elección de rutas sexuales.

Algunos escritores abominan del noviazgo, y encuentran eco al sostener que no es por amor, sino por conveniencia, por lo que debe irse a la boda.

Ello refleja exactamente un estado de opinión. La conveniencia es, cada día en mayor proporción, norte de uniones.

Al predominio de tal tendencia débese la crisis del matrimonio, que luego analizaremos.

Un noviazgo, un enlace por conveniencia eugenésica o crematística no puede satisfacer, no satisface, *en la realidad,* al espíritu. E inevitablemente el adulterio surge, ya que el deseo es eje de cuanto con el amor se relaciona, y sus espolazos son quienes guían.

Lo primero es el deseo, y una vez surgido éste, será ocasión de decidir si se escucha o no su voz.

Valorar antes y esperar luego a que la ilusión

brote es juego demasiado peligroso para aconsejado.

Pero así proceden infinidad de españoles, y no sólo así. Dase en ellos infinidad de veces curioso contraste: distinguen entre la novia para pasar el tiempo y la formal para casarse. Con la primera todo es alegría, fervor, entusiasmo, alocamiento, ingenuidad; con la segunda, seriedad, estiramiento, reflexión, juicio, artificio.

En la historia íntima, al llegar al recuento del pasado las novias para pasar el rato valen más, mucho más, que las formales.

Un número enorme de matrimonios desgraciados no lo serían si los maridos se hubieran conducido, de novios primero y de esposos luego, como con las novias sin trascendencia.

El amor almidonado no es nunca amor, sino ficción de cretona y pino.

Lo lógico, lo natural, lo humano sería que un noviazgo no pudiese ser designado como formal

hasta sus finales. Llamárselo desde el comienzo equivale a destapar el pomo imprudentemente, sin beneficio alguno para nadie.

Dijo Nietzsche que todas las embriagueces tienen potencialidad de arte, y más que ninguna la sexual, por antigua y primitiva. El noviazgo no es sino el tránsito hacia la embriaguez. El matrimonio no debe intentarse en tanto ésta no ha surgido.

Como hemos visto, no coincide tal sistema con el preferido por nuestras juventudes:

¡Sólo se ama lo que se desea! He aquí una verdad fundamental.

Cada día predomina más en nuestro pueblo el *flirt*. Se teme al amor-pasión. En vez de amar se representan parodias de amor.

Otra peculiaridad del noviazgo español: la gran duración del formal, la brevedad del que pudiéramos llamar informal.

Las relaciones largas tienen gravísimas deri-

vaciones. Se enfría la pasión, se establecen hábitos de intimidad, despoetizadores.

Sentir los zarpazos de la prosa visceral cuando la unión tuvo ya lugar, doloroso y abrumador es; pero tiene el antídoto de la hoguera encendida en la carne hambrienta de un goce cuya ansia vese espoleada por la contrastación inmediata.

Pero sufrir tiempo y tiempo la humillación orgánica cuando aun todo es proyecto, imaginación, misterio, constituye prueba que difícilmente pueden resistir los enamorados.

He tenido ocasión de conocer varios casos análogos al siguiente. Como el galán viene con buen fin ábrensele de par en par las puertas de la casa. Pegado a las faldas de la novia pasa a su lado horas interminables. Algunos domingos llega a las once de la mañana y no sale hasta las doce de la noche. ¡Como de la familia!

Come, cena y realiza funciones no por mal reputadas menos indispensables. Huyó el ro-

manticismo, se embotó la ilusión. Cuando la boda llega y pasa, el sentirse solo junto a la amada no constituye novedad. Infinidad de veces les habían dejado los padres estar así. No hay aliciente alguno de novedad. La luna de miel parece calco de los meses anteriores al enlace.

En amor no hay posibilidad de embriagueces crónicas.

A este punto llegado conviénenos señalar una actitud singular de muchos mozos. Cásanse por llevar años entrando en la casa; pero sin entusiasmo alguno. Se suele hablar de caballerosidad, de buen corazón. Lo que no se invoca, acertadamente, es el buen sentido.

Al temor a las escenas desagradables del rompimiento, sacrifícase la felicidad futura.

El término "novia formal" ha causado más daños a la felicidad masculina que los ardides de las coquetas todas del universo.

Decir "novia formal" equivale a afirmar aburrimiento y cadena perpetua.

Cuanto se combata este prejuicio será poco comparado con los males que ocasiona.

En nombre de la formalidad decapítanse las mejores posibilidades de entusiasmo sexual. La víctima es siempre la mujer, obligada a soportar relaciones anodinas sin encrespamiento. Estanques mansos y claros. Sin vida.

Como forzosamente, por la índole del tema, el pensamiento ha caminado en zig-zag, conviene reducir a fórmula sintética los resultados de nuestras observaciones, algo a modo de las conclusiones en las ponencias de los Congresos científicos.

Ello permitirá al lector mayor precisión de juicio:

I. *No se concede en nuestro país trascendencia alguna al noviazgo, como preparación para la felicidad del matrimonio.* Los novios hablan poco de su amor. Mucho del amor de la novia.

II. Los padres, *que no proceden sino en nombre de intereses materiales,* cometen el grave error de intervenir cuando las relaciones ya han dado comienzo.

III. *El noviazgo por amor es tardío.* Suélese tener novia cuando ya se visitó el burdel. Y siempre tras una iniciación autoerótica.

IV. *Los noviazgos románticos escasean cada vez más.* De ello resiéntese la psicología de las nuevas generaciones. A los diez y ocho años el romanticismo tiene tanto de deber como de conveniencia. Por culpa de este error empieza a nacer el tipo anómalo y triste del viejo romántico.

V. *De las conversaciones de los novios nacionales están ausentes cuantos temas relaciónanse con la conveniencia de la especie.* A pesar de que la ilusión nútrese preponderantemente de motivos físicos.

VI. *Por culpa de noviazgos mal entendidos, en infinidad de matrimonios la noche de bodas*

tiene significado de sorpresa psicológica. A veces con atmósfera de tragedia.

VII. *Decir que se viene con buen fin, cuando de amor se trata, significa una hipocresía o una incapacidad para la pasión.* La casi totalidad de los novios con buen fin son unos muchachos terriblemente aburridos.

VIII. *En España el noviazgo formal es menos formal, y desde luego menos sabroso y lírico, que el llamado por pasar el tiempo.*

IX. *Por desgracia para todos, abundan los noviazgos largos*—seis a siete años—, *donde, culpa del mucho trato y la mucha llaneza, quédanse establecidos hábitos y costumbres constitutivas de pesado lastre para la ilusión.* Se despoetiza el amor.

X. *Debido a estos noviazgos kilométricos, infinidad de hombres cásanse sin interés alguno punzante.* Muchas bodas parecen por ello funerales de un amor raquítico.

Estas son, en mi sentir, las peculiaridades de

mayor importancia presentadas por el noviazgo en nuestro país. Las enseñanzas derivadas de la enumeración anterior resaltarán sobre todo al tratar del matrimonio, institución a cuyo estudio no se dedicaron aún los esfuerzos que su importancia requiere.

XIII

LAS GRUTAS DEL MATRIMONIO

Los españoles, sistemáticamente, desacreditan al matrimonio. ¿Acaso a todos les fué mal? ¿Contemplamos la rebeldía, teórica y verbalista, inspirada por el afán de una ley del divorcio equitativa y humana?

La segunda hipótesis reviste los caracteres todos de ser poco real. Infinidad de solteros recalcitrantes—cada día en mayor número—únense libremente a mujeres de escasos atractivos éticos y aun corporales, y atados a ellas caminan por la vida, haciéndose la ilusión de soltería contumaz.

Por paradójico que parezca, en general ha-

cen más vida de soltero los casados que los célibes. A uno de los cafés que yo visito, si bien de tarde en tarde, acude cotidianamente un puñado de hombres maduros, alegres, buenos aficionados a toros, gritadores, chistosos, sin preocupaciones económicas, sin interés por nada que no sean sus francachelas. Sólo va con ellos una mujer. Son todos casados, menos uno. La mujer que preside el bullicio, engolada y seria, es la querida del soltero. Hoy ata más una querida que una esposa.

No piensan en exigir la implantación del divorcio los que hablan mal del matrimonio, ni hay en sus palabras la menor ansia de reivindicación de tan biológica y humana ley. Como veremos, sin necesidad de que el divorcio exista, en pleno divorcio espiritual y aun corporal se vive en el ochenta por ciento de los hogares españoles.

Dos son los motivos esenciales de generali-

zación de este mal opinar sobre las consecuencias de la boda.

En primer término, un sentimiento de humillación. En segundo, que la mayoría de los gritadores desconoce la dicha conyugal.

En hablando de estas cuestiones entre españoles, pronto tropezáis con un rencor. Se casaron ofuscados, engañados, no sabiendo bien lo que hacían. Empléase mucho el verbo pescar. ¡Me pescaron! ¡Lo pescaron! O lo que es lo mismo: no se vió el anzuelo.

Por culpa del mal modo de entender el noviazgo, defecto señalado anteriormente, la boda estímase victoria femenina. La idea de colaboración hállase totalmente ausente. Casarse es confesar que no se encontró otro modo de llegar a la posesión de la Deseada. La embriaguez sexual llevó al altar un poco inconscientemente.

Esta modalidad de explicación que de una u otra forma emplean los casados, es puro *camouflage*.

De los que echan pestes contra el lazo que en nuestro país tiénese por irrompible pueden aislarse tres grupos.

a) Casados pesarosos.

b) Casados indiferentes.

c) Casados satisfechos, que no se atreven a confesarlo, por miedo a que les crea unos mandrias sopapeados por la mujer.

Analicemos una a una estas variantes.

El primer grupo es el más nutrido. O lo que es igual: la mayoría de los enemigos del matrimonio sonlo sinceramente. En España abundan los hombres que, no acertando a escoger esposa, son desgraciados.

¿Por qué? ¡Por trece razones!

a) Noviazgo torpe.

b) Casamiento tardío.

c) Desamor de él, de ella o de ambos a la vez.

d) Fracaso nupcial.

e) Distinción entre la amante y la esposa.

f) Egoísmo sexual.
g) Desigualdad de cultura.
h) Incomprensión femenina.
i) Educación sentimental.
j) Vida íntima prosaica.
k) Pobreza.
l) Babelismo.
m) Celos.

Consignamos únicamente las principales causas, agrupadas en orden de frecuencia.

a) Noviazgo torpe.—Ya hablamos suficientemente de esta interesantísima cuestión; pero aun así, no estará sobrado insisir en que el noviazgo ha de representar una época empleada en estudiar y seducir a la novia. La boda no debe ser la iniciación, sino el final.

Nada puede aplazarse. No será el noviazgo esgrima entre un pudor y un deseo, sino fusión de dos deseos. El noviazgo tiene siempre más trascendencia que el matrimonio. La aurora es

la que cataloga al día, en las cosas todas de la vida.

b) Casamiento tardío.—La casi totalidad de los españoles, aun casándose muy jóvenes, lo hacen demasiado tardíamente. Estragados. En quiebra, o poco menos, sus ideales sexuales.

Acostumbrado a verse servidos en los banquetes de la lujuria resultan incapaces de conducir inocencias deslumbradas.

Un moro, gran amigo mío, ya muerto, conocido por su excesiva afición a las esclavas, decíame, confidencial, cierta tarde:

—¡Después de haber probado una negra, las blancas no saben a nada!

A los casados no suelen saberles a nada sus esposas. Encuéntranlas sexualmente pueriles. Anodinas. Si no se puede prescindir del amor mercenario, lo útil sería conocerlo mucho después del enlace, no antes.

Espiritualmente, también se casan tarde los españoles. ¿Os fijasteis en lo discreta y serena-

mente que se comportan los novios durante la ceremonia? Sin embargo, ¿cómo no echar de menos un poco de emoción en la voz y en las nieblas de los ojos?

c) Desamor.—El amor interviene menos veces de las invocadas como motivo determinante del paso por la Vicaría. La unión es, para infinidad de varones, fórmula de estabilización social. ¡Hay que sentar la cabeza! ¡Debe usted casarse!

Suena demasiado a conveniencia. La prosa de la vida acentúa la diferencia, excava y profundiza fosos, separadores de las psicologías.

Cuando el fervor sexual fué causa de enlace, quedará, por lo menos, el recuerdo.

Infinidad de parejas encuentran intolerable la vida de hogar, como consecuencia de haber comprendido tarde que la ficción, la insinceridad, constituye pecado severamente sancionado por la Naturaleza.

Cásanse, de ordinario, las gentes sin suficiente justificación sentimental.

d) Fracaso nupcial.—El momento decisivo para la dicha futura constitúyelo la noche de bodas.

Multitud de síndromes psico-neurósicos arrancan de ella. El trato del burdel lleva al varón a sentirse desilusionado. Parécele insípida la novia.

Por otra parte, el lenguaje, el comportamiento de aquél lesiona la sensibilidad de ésta. El hombre busca ver espoleada su lujuria como lo era en el lupanar. La mujer casta ignora tales habilidades y, al sentirse incomprendida, sufre una conmoción que no hace sino acentuar su ineptitud para servir y aliñar goces.

El encuéntrala sosa, insípida, pava. Ella hállalo rudo, grosero, visceral en exceso. Y uno y otro échanse a soñar:

—¿Me hubiera ocurrido lo propio con otra?

La semilla de la desunión cayó en el surco.

e) Distinción entre la esposa y la amante. Como ya indicamos, el español establece perfecta distinción en la conducta sexual a seguir con la esposa y la amante.

La intimidad conyugal encuéntrase regida por un criterio nutrido de restricciones. Ninguna espontaneidad, ninguna audacia, ninguna pirueta juvenil y bohemia parecen lícitas. Sobriedad, hieratismo, parsimonia.

Y el alma femenina retrocede envuelta entre nieblas de tedio.

Olvídanse demasiado algunos hombres de que no hay sino una calidad de ilusión, no representando ante ella nada la condición de la mujer si el proceder es honrado, leal, humano. Da lo mismo en este respecto amante que esposa. No es sino una mujer que se da. Salvo en los casos de amor mercenario, en los cuales trátase de hembras que nos toman porque así lo pedimos, impulsados por sentimientos de cómoda pasividad.

Si los amantes triunfan sobre los maridos es, en general, porque conceden a la mujer trato menos ceremonioso y más sinceramente medular.

f) Egoísmo sexual.—Por extraño que pueda parecer a los no iniciados en estas transcendentales cuestiones, abundan—hablamos siempre de nuestro país—las mujeres víctimas de crueles dolencias nerviosas, consecuencia de que en el intercambio de dichas, en el banquete de placer representado por la unión, aun no desenvolvieron la golosina cuando el compañero aléjase ya ahito.

Es muy corriente el tipo de quien sólo se preocupa de sí mismo, mostrándose indiferente a su compañera, de pecado o mandamiento. Muchas irascibilidades que hacen intolerable la vida no reconocen otro origen.

El sacrificio ante el divino altar de la especie es cuando el varón quiere, no cuando la mujer deseara. Rencores inextinguibles lábranse así,

cauces profundos por donde corren arroyos de lágrimas.

g) Desigualdad de cultura.—Dice el proverbio: "Cada oveja con su pareja", y dice sabiamente. Aun siendo el entusiasmo sexual la única razón justificadora, biológicamente, de la unión entre un hombre y una mujer, en el aliño interviene como factor de muy singular relieve el panorama intelectual.

No pueden ser idénticas la mujer de un sabio y la de un burócrata.

Claro que cítanse ejemplos de sabios casados con hembras casi analfabetas, abnegadas, que con su devoción solícita, sus aptitudes de ama de casa, facilitaron el triunfo del marido.

No intento negarlo; pero sí quiero hacer constar que yo hablo de felicidad. El triunfo es cosa distinta, y en muchas ocasiones incompatible.

Los entreactos en la tragedia del amor resultan intolerables cuando se trata de personas de

distinta cultura. El matiz de la escena depende considerablemene de las conversaciones mantenidas, antes, entre bastidores.

Sábenlo bien los actores perspicaces. Cierto famoso galán joven decíame una tarde:

—¡Mal voy a estar esta tarde, doctor! ¡Tengo a don Paco en el cuarto!

Don Paco era un filisteo egolátrico, plúmbeo y aprosódico.

h) Incomprensión femenina.—Como en este ensayo ocupámonos sólo de las características masculinas, forzosamente hemos de limitarnos al análisis de la incomprensión femenina, sin que ello suponga propósito de negar la del varón.

De ordinario, la mujer española es fina de espíritu, ágil de intuición, adaptable; pero abundan las incomprensiones matrimoniales, causa de desavenencia.

Mucha parte de culpa corresponde al hombre, por razones expuestas anteriormente. A

ellas debe agregarse una importantísima: la idea del sexo único.

Piénsase como si la distinción sexual fuese esquematización teórica, falta de toda eficiencia práctica. Pensamiento y conducta han de ser iguales para los hijos de Adán y para las hijas de Eva.

Muchas esposas reprochan a sus maridos acciones que cometidas por una mujer serían censurables, mas no si quien las llevó a cabo fué un hombre.

La armonía conyugal resulta imposible por este olvido del papel propio de cada mitad del género humano.

El desconocimiento de la misión biológica de cada sexo destroza en flor muchas posibilidades de felicidad. No existe verdadero concepto de la función social masculina ni de la femenina. Semillero de tribulaciones.

i) Educación sentimental. — Abundan los desgraciados por exigir al matrimonio ambien-

tes de ensueño que éste no puede otorgar.

Hay que no ver en él institución ideada para garantir la felicidad de quienes lo contraen, sino medio. Por no entenderlo así, multiplícanse los desencantos. Cométese injusticia culpando al matrimonio.

Pero nuestros casados, antes que en la especie piensan en el propio egoísmo. Error fundamental. La exaltación romántica no es fin, sino medio. Por no entenderlo así, multiplícanse los desencantos. Cométese injusticia culpando al matrimonio.

La esencia de ser feliz está en no pedir sino lo que se puede obtener. Los ideales, antes que bellos han de ser viables. Soñando cosas imposibles, sólo cabe caminar hacia la desgracia.

Ha de tenderse a ennoblecer la materia sin dar jamás al olvido que la raigambre de las pasiones de la mujer y el hombre es siempre visceral.

ellas debe agregarse una importantísima: la idea del sexo único.

Piénsase como si la distinción sexual fuese esquematización teórica, falta de toda eficiencia práctica. Pensamiento y conducta han de ser iguales para los hijos de Adán y para las hijas de Eva.

Muchas esposas reprochan a sus maridos acciones que cometidas por una mujer serían censurables, mas no si quien las llevó a cabo fué un hombre.

La armonía conyugal resulta imposible por este olvido del papel propio de cada mitad del género humano.

El desconocimiento de la misión biológica de cada sexo destroza en flor muchas posibilidades de felicidad. No existe verdadero concepto de la función social masculina ni de la femenina. Semillero de tribulaciones.

i) Educación sentimental. — Abundan los desgraciados por exigir al matrimonio ambien-

tes de ensueño que éste no puede otorgar.

Hay que no ver en él institución ideada para garantir la felicidad de quienes lo contraen, sino medio. Por no entenderlo así, multiplícanse los desencantos. Cométese injusticia culpando al matrimonio.

Pero nuestros casados, antes que en la especie piensan en el propio egoísmo. Error fundamental. La exaltación romántica no es fin, sino medio. Por no entenderlo así, multiplícanse los desencantos. Cométese injusticia culpando al matrimonio.

La esencia de ser feliz está en no pedir sino lo que se puede obtener. Los ideales, antes que bellos han de ser viables. Soñando cosas imposibles, sólo cabe caminar hacia la desgracia.

Ha de tenderse a ennoblecer la materia sin dar jamás al olvido que la raigambre de las pasiones de la mujer y el hombre es siempre visceral.

j) Vida íntima prosaica.—Grandes daños causa a la noble causa del matrimonio la educación sentimental; pero no caminan muy a retaguardia los originados por carencia de un sentido estético de la intimidad.

No ha de confundirse con la gazmoñería, de la cual andamos más que sobrados por esta bendita tierra.

Se puede ser leal con el instinto y no grosero. Ni en las demandas ni en los ritos. Los actos más de entraña enardecida cabe revestirlos decorosamente. Esta diferenciación de aspectos escapa a muchas mujeres, o remilgadas hasta el empalago o zafias hasta las vecindades de la náusea.

Tanto distancia las almas el artificio confiteril como la sumisión incondicional a las plebeyeces infra-diafragmáticas.

La prosa íntima, cuando es norma cotidiana, aleja, asusta, ahuyenta.

Parecen ignorarlo las mujeres que piensan

que, una vez casadas, todo embellecimiento del momento es cosa superflua. Las veleidades de los esposos respectivos representan a una misma vez sanción y acatamiento.

k) Pobreza.—La pobreza desune espiritual y materialmente a infinidad de matrimonios. No tanto como es corriente oír. Por lo menos en España. Aquí compruébase un hecho cuajado de gérmenes de meditación. La media pobreza diseca y aisla más que la miseria.

Los matrimonios míseros únense más tercamente cuanto menores son los recursos. En cambio donde lo en litigio tiene apariencia de superfluo, los rencores afilan sus bayonetas y abarrotan sus cartucheras. No pocas veces, el odio hace sonar los regatones de sus alabardas.

Una observación superficial te bastará, lector, para adquirir el convencimiento de que donde se habla peor del matrimonio no es en las clases menesterosas, sino en la mesocracia.

Pese al himno al oro que constantemente en-

j) Vida íntima prosaica.—Grandes daños causa a la noble causa del matrimonio la educación sentimental; pero no caminan muy a retaguardia los originados por carencia de un sentido estético de la intimidad.

No ha de confundirse con la gazmoñería, de la cual andamos más que sobrados por esta bendita tierra.

Se puede ser leal con el instinto y no grosero. Ni en las demandas ni en los ritos. Los actos más de entraña enardecida cabe revestirlos decorosamente. Esta diferenciación de aspectos escapa a muchas mujeres, o remilgadas hasta el empalago o zafias hasta las vecindades de la náusea.

Tanto distancia las almas el artificio confiteril como la sumisión incondicional a las plebeyeces infra-diafragmáticas.

La prosa íntima, cuando es norma cotidiana, aleja, asusta, ahuyenta.

Parecen ignorarlo las mujeres que piensan

que, una vez casadas, todo embellecimiento del momento es cosa superflua. Las veleidades de los esposos respectivos representan a una misma vez sanción y acatamiento.

k) Pobreza.—La pobreza desune espiritual y materialmente a infinidad de matrimonios. No tanto como es corriente oír. Por lo menos en España. Aquí compruébase un hecho cuajado de gérmenes de meditación. La media pobreza diseca y aisla más que la miseria.

Los matrimonios míseros únense más tercamente cuanto menores son los recursos. En cambio donde lo en litigio tiene apariencia de superfluo, los rencores afilan sus bayonetas y abarrotan sus cartucheras. No pocas veces, el odio hace sonar los regatones de sus alabardas.

Una observación superficial te bastará, lector, para adquirir el convencimiento de que donde se habla peor del matrimonio no es en las clases menesterosas, sino en la mesocracia.

Pese al himno al oro que constantemente en-

tonan las gentes, no muéstrase su acción supremamente demoledora en los alcázares matrimoniales.

l) Babelismo.—Algunas veces los esposos no se entienden por hablar en idiomas distintos. No es problema de culturas diferentes ni de sensibilidades contrapuestas, sino sencillamente antagonismo de medios de expresión. El corazón carece de elocuencia en nuestro país. Probablemente por culpa del sol. Como en todos los países donde se habla mucho, existe verdadera carencia de gentes aptas para traducir acertadamente los sentimientos.

Una clienta mía, en trance de divorcio por incompatibilidad de caracteres, narrábame de elocuente modo lo mucho que a su marido amaba. La sorpresa escudó a mi indiscreción:

—¿Se lo dijo usted así alguna vez?

—¡No; a él no me atrevería a contárselo! Me trata tan despectivamente, que si le hablo de mi afecto se llena de cólera y rabia.

La separación fué consumada. El tiempo me hizo conocer que el marido hallábase igualmente apasionado por su mujer.

m) Celos.—Los celos constituyen el último motivo dislacerador de importancia de la beatitud espiritual, justificadora del enlace eclesiástico de dos personas distintas en el sexo, aun cuando semejantes en la ambición.

Ya hablamos a su tiempo de los efectos de esta pasión, para que sintamos necesidad de volver sobre ello. Cuando surgen en un hogar, lo infernan; pero sin perder sus características de encontrarse nutridos de preocupación por la opinión ajena y de insinceridad. Miedo a enfrontarse con las propias deficiencias llevando a culpar a las ajenas.

El grupo de los casados indiferentes es numerosísimo. Aumenta en tal proporción, que amenaza absorber los otros. La vida adquiere un ritmo, un horario. Los días son iguales, también los meses. No hay lugar a grandes es-

tridencias. Ni suena sus atambores la alegría, ni sus clarines el dolor. Vidas en llano.

Hablan mal de la boda sin grandes apasionamientos. Tienen dentro como un vago resplandor, nuncio de auroras ineficaces por lejanas. Existencias amodorradas. Pardas e isócronas.

Sus censuras al matrimonio acusan ante todo pasividad. Incapacidad de elaborar ideas por cuenta propia. ¿Si todos lo dicen, por qué disonar? Supondría romper el rosario de hábitos que hacen grata la vida con su regularidad.

Una sensualidad difusa, de solana de Castilla en días invernales, sin nubes ni viento, envuelve la psicología toda, y en el abrigo hay ya suficiente voluptuosidad para no pedir más.

Los casados satisfechos de estarlo escasean ciertamente; pero no tanto como parece anunciar lo unánime de la protesta contra el sacramento de la Santa Madre Iglesia.

Existe un extraño pudor opuesto a confesar

la dicha conyugal. Ante la realidad del fenómeno, realicé veces y veces investigaciones minuciosas, en sanos y enfermos, y el resultado obtenido fué siempre idéntico. Existe el prejuicio, más o menos definido, de que confesarse dichoso traduce sumisión a la mujer.

En cuanto un hombre halla más agradable pasar las veladas junto a la que escogiera por compañera que entre amigos, éstos diagnostícanle de dominado por la hembra.

Si la deserción es originada por *un lío*, por *un apaño*, no sólo créase una situación de tolerancia, sino que suelen brotar elogios y aun envidias.

En el fondo de esta cuestión no hay sino sentimientos de antipatía hacia la mujer, obligando a pensar, por enojosa que resulte la suposición, cómo en la trama de muchos matrimonios agonizan rebeldes propósitos fracasados de seducción. Un reconocimiento, no confesado, de derrota de la propia técnica don-

tridencias. Ni suena sus atambores la alegría, ni sus clarines el dolor. Vidas en llano.

Hablan mal de la boda sin grandes apasionamientos. Tienen dentro como un vago resplandor, nuncio de auroras ineficaces por lejanas. Existencias amodorradas. Pardas e isócronas.

Sus censuras al matrimonio acusan ante todo pasividad. Incapacidad de elaborar ideas por cuenta propia. ¿Si todos lo dicen, por qué disonar? Supondría romper el rosario de hábitos que hacen grata la vida con su regularidad.

Una sensualidad difusa, de solana de Castilla en días invernales, sin nubes ni viento, envuelve la psicología toda, y en el abrigo hay ya suficiente voluptuosidad para no pedir más.

Los casados satisfechos de estarlo escasean ciertamente; pero no tanto como parece anunciar lo unánime de la protesta contra el sacramento de la Santa Madre Iglesia.

Existe un extraño pudor opuesto a confesar

la dicha conyugal. Ante la realidad del fenómeno, realicé veces y veces investigaciones minuciosas, en sanos y enfermos, y el resultado obtenido fué siempre idéntico. Existe el prejuicio, más o menos definido, de que confesarse dichoso traduce sumisión a la mujer.

En cuanto un hombre halla más agradable pasar las veladas junto a la que escogiera por compañera que entre amigos, éstos diagnostícanle de dominado por la hembra.

Si la deserción es originada por *un lío*, por *un apaño*, no sólo créase una situación de tolerancia, sino que suelen brotar elogios y aun envidias.

En el fondo de esta cuestión no hay sino sentimientos de antipatía hacia la mujer, obligando a pensar, por enojosa que resulte la suposición, cómo en la trama de muchos matrimonios agonizan rebeldes propósitos fracasados de seducción. Un reconocimiento, no confesado, de derrota de la propia técnica don-

juanista ante la resistencia de una castidad que se estimaba vulnerable.

Una vez más el término *conquista* ilumínase con resplandores de sol, que imposibilitan el desconocimiento de su simbolismo.

XIV

FRÚTA PROHIBIDA

Todo español casado es adúltero o hállase en potencia de serlo. El varón encuentra totalmente justificable la poligamia, más o menos disfrazada. Miedos o conveniencia podrán mantener cohibidas las intenciones de infidelidad; pero ni aun estos varones hallarán nada deshonroso que un marido engañe a su esposa. Al contrario. El mujeriego disfruta grato ambiente de simpatía. Los que le envidian nunca censúranle, ni aun en casos donde su fervor sexual fué motivo de quebrantos económicos.

Trátase de un hecho perfectamente comprobable y, por esta cualidad, al margen de toda

juanista ante la resistencia de una castidad que se estimaba vulnerable.

Una vez más el término *conquista* ilumínase con resplandores de sol, que imposibilitan el desconocimiento de su simbolismo.

XIV

FRÚTA PROHIBIDA

Todo español casado es adúltero o hállase en potencia de serlo. El varón encuentra totalmente justificable la poligamia, más o menos disfrazada. Miedos o conveniencia podrán mantener cohibidas las intenciones de infidelidad; pero ni aun estos varones hallarán nada deshonroso que un marido engañe a su esposa. Al contrario. El mujeriego disfruta grato ambiente de simpatía. Los que le envidian nunca censúranle, ni aun en casos donde su fervor sexual fué motivo de quebrantos económicos.

Trátase de un hecho perfectamente comprobable y, por esta cualidad, al margen de toda

discusión. 'El español severo y calderoniano frente al adulterio femenino, muéstrase tolerante y comprensivo para el masculino.

A partir de aquí empiezan las peculiaridades que imponen, inevitablemente, la clasificación. Obedeciendo al criterio norma de este ensayo, analizaremos el adulterio masculino español en sus cuatro aspectos fundamentales:

a) El *flirt*.
b) La querida.
c) La aventura del momento.
d) La amante.

a) *El "flirt"*.—El *flirt* es planta exótica, poco apropiada para nuestros jardines galantes. Los literatos hablan mucho de él por espejismo. Influídos por sus colegas extranjeros. En España el *flirt* carece de arraigo y personalidad.

Se llama equivocadamente *flirt* a un sentimiento nutrido de deseo que no se acierta a exteriorizar o no se quiere revelar. El *flirt* es,

ante todo, audacia, serenidad, reflexión. En nosotros, timidez, atolondramiento, inconsciencia.

En mis andanzas he comprobado cómo se llama, en muchas ocasiones, *flirt* al hecho de que un señor y una señora se miren con imprudente insistencia, pregonando un deseo que luego ni él ni ella se atreverán a confesarse.

Flirtear no es frenar, detenerse asustado, resignarse a no pasar de cierto límite, ¡oh, la tragedia del milímetro y los baches!, exento de riesgos carnales. Es otra cosa. Es saborear un caramelo sin masticarlo. Jugar con la naranja del amor sin pelarla. Recatar el corazón. Acercarse y huir. Pecar sin consecuencias. Beber sin embriagarse. Excitación sexual sin paroxismo. Todo ello consciente, deliberadamente. Despertar el deseo y recrearse en el espectáculo de su nacimiento; pero con propósito de no dejarlo crecer. ¡Espuma!

El *flirt* tiene mucho de masturbación; pero no masturbación de tímido, sino de egoísta.

Es hostigar a la fiera por pura diversión. Es, en suma, perseguir un estado de excitación sexual reduciendo el placer a esta fase preliminar con decisión de contentarse, de darse por satisfecho con él.

Un vicio de esta naturaleza no puede cultivarse por españoles, salvo casos en que se trate de hispanos educados al otro lado de los Pirineos o, por lo menos, acostumbrados a los usos de aquellos países.

Hay un primer obstáculo a este desarrollo en la terrible vanidad sexual de nuestros compatriotas. A fuerza de estimar la función de la reproducción como algo distinto del resto de las del organismo, se ha llegado a concederla una transcendencia reñida, en absoluto, con un sentido diáfano de las finalidades de la existencia.

Un español neto, de raza, tolerará difícilmente que una mujer le utilice momentánea-

mente como juguete para procurarse un estado de excitación sexual, pasajero deliberadamente, como el placer de una copa de *champagne* o de un cigarrillo.

Hablará en seguida de derecho, de pasión, de represalias, cuando precisamente lo grato del *flirt* está en su intrascendencia.

El español ignora la agridulce sensación de sentirse instrumento desinteresado, sin otra ambición de recompensa que un trato recíproco.

Un segundo motivo interrumpe el posible triunfo del *flirt* como vicio social: la falta de hábito de charlar con mujeres. En las conversaciones con muchachas, el español peca de personal y de imaginativo.

Lo más interesante en el verdadero *flirt* es encender la hoguera no hablando de sí, sino del amor. Siempre tiene más interés la trama que los actores.

Al pegar la hebra con una mujer nuestros paisanos, piensan excesivamente en la aventu-

El *flirt* tiene mucho de masturbación; pero no masturbación de tímido, sino de egoísta.

Es hostigar a la fiera por pura diversión. Es, en suma, perseguir un estado de excitación sexual reduciendo el placer a esta fase preliminar con decisión de contentarse, de darse por satisfecho con él.

Un vicio de esta naturaleza no puede cultivarse por españoles, salvo casos en que se trate de hispanos educados al otro lado de los Pirineos o, por lo menos, acostumbrados a los usos de aquellos países.

Hay un primer obstáculo a este desarrollo en la terrible vanidad sexual de nuestros compatriotas. A fuerza de estimar la función de la reproducción como algo distinto del resto de las del organismo, se ha llegado a concederla una transcendencia reñida, en absoluto, con un sentido diáfano de las finalidades de la existencia.

Un español neto, de raza, tolerará difícilmente que una mujer le utilice momentánea-

mente como juguete para procurarse un estado de excitación sexual, pasajero deliberadamente, como el placer de una copa de *champagne* o de un cigarrillo.

Hablará en seguida de derecho, de pasión, de represalias, cuando precisamente lo grato del *flirt* está en su intrascendencia.

El español ignora la agridulce sensación de sentirse instrumento desinteresado, sin otra ambición de recompensa que un trato recíproco.

Un segundo motivo interrumpe el posible triunfo del *flirt* como vicio social: la falta de hábito de charlar con mujeres. En las conversaciones con muchachas, el español peca de personal y de imaginativo.

Lo más interesante en el verdadero *flirt* es encender la hoguera no hablando de sí, sino del amor. Siempre tiene más interés la trama que los actores.

Al pegar la hebra con una mujer nuestros paisanos, piensan excesivamente en la aventu-

ra. Lo abrumador de todos los gestos preconcebidos. Domínales la ilusión de la conquista, la preocupación del desenlace, y no saben ser sino líricos o rijosos. Falta el tono deliciosamente picante, trama indispensable del *flirt*.

Esta falta de finura, de sensibilidad al matiz, se reflejó, siempre, en el tono burdo y chocarrero de la casi totalidad de las revistas galantes españolas.

No se acierta con el término medio; o Romeo o Gargantúa.

No terminan con esto las dificultades. El *flirt* necesita análisis; el español tiene un concepto sintético del amor.

No valora los detalles. Sin embargo, a veces el gesto, entre infantil y pícaro, con que una mujer sacude su cabeza o se despoja sofocada del sombrero, posee más elocuencia que una entrega total. Y quien dice un sacudimiento de cabeza, dice un entornamiento de ojos, crispatura de dedos sobre el mango del abanico,

rincón de sonrisa, desperezamiento disimulado...

Los signos de que la voluptuosidad encendió sus cirios crepitantes y olorosos son todos así de insignificantes, de sutiles, de amortiguados. Este juego de motivos, aparentemente nimios, representa la clave toda de la emoción superficial y leve, como caricia de ala de mariposa que integra las entrañas del *flirt*.

El *flirt* es siempre un boceto. Parque remedo de selva. Amor parcial. Por ello hay veces que sólo flirtea una región anatómica, conservándose austero, frío y aun repeledor el resto del cuerpo. ¡Oh, la presión firme de la mano esquiva a ratos, a ratos audaz y deseada siempre!

Quien no gustó el placer del abandono muelle y resignado de la mano de una mujer, cuyos ojos miran con aire indiferente, cercano a la hostilidad, o se fijan atónitos en la cinta polvorienta del camino, no sabrá nunca de esto.

Acaso influya también en la resistencia española al *flirt* la práctica, nada recomendable, de no cambiar de amistades cuando se cambia de estado. Se continúa viviendo en el mismo ambiente. El *flirt* requiere conocimiento reciente, amistad breve, carencia de historia.

No cabe flirtear con quien nos trata hace años. Con quien sabe de nuestros gustos y vocaciones. El *flirt,* si se comete la torpeza de intentarlo, presenta en estos casos la insipidez del asalto de armas con el viejo compañero de sala.

Y no se olvide que el *flirt* tiene mucho, acaso demasiado, de asalto con careta y peto.

b) La querida.—Por querida entenderemos, en el transcurso de estas cuartillas, la mantenida.

Dicho de modo más preciso, la mujer a quien se recompensa, crónica y económicamente, el monopolio de sus caricias.

Abunda en proporción considerable el número de casados que practica tal tipo de adulterio. Pueden dividirse en dos grandes modalidades: casados que ya tenían la querida de solteros y con ella continúan una vez casados, y casados que "se echan una querida" luego de su paso por el altar. Esta última variante admite una subdivisión: casados que ya conocieron de célibes tal costumbre y casados que la adquirieron después del matrimonio. Aun cuando existen otras muchas, las causas fundamentales son cuatro:

I. Realidad de la mujer única.
II. Vanidad.
III. Afán de desvirtuamiento.
IV. Imitación.

I. Si como sostiene la mayoría de los psicólogos dedicados al estudio del amor, el hombre no ama en su vida sino a una mujer, siendo sus demás amores *presentimientos* o parodias, la sumisión a la querida observada en algunos casados justifícase plenamente.

Verifícase más libre, más desinteresada, más

sinceramente la elección de querida que la de esposa. Conozco a un señor afanoso porque la esposa vista como su mantenida. La querida es ideal. La esposa, realidad.

Esta identificación de la querida con el modelo soñado desde la adolescencia, abunda en países como el nuestro, donde el casamiento hácese cada día más problema de conveniencia.

Cuando muéstrase extrañeza por la dualidad de hembras, estos varones responden invariablemente:

—¡La querida es otra cosa!

O también:

—¡La mujer propia es otra cosa!

Hay que darles la razón.

II. Un erróneo concepto del amor lleva a muchos hombres a pensar que el orgullo masculino debe cimentarse sobre la cantidad.

Ser fiel a la mujer equivale a confesarse escaso de virtudes conquistadoras. Por dar impresión de ser "un barbián", un seductor, hay

hombres que sostienen queridas con las que sólo de tarde en tarde sacrifican en el altar de Venus.

En bastantes ocasiones el orgullo pónese más que en la querida en el lujo con que ésta se exhibe. Lo sexual pierde categoría. Pasa la hembra a colocarse junto al *auto* y los ejemplares caninos.

En algunos de estos vanidosos el dinero es heredado y, por tanto, sin aureola alguna de esfuerzo o éxito personal.

La querida constituye una joya más. Sostenida pensando antes que en el propio regodeo en el ajeno deslumbramiento.

En esta variedad de adúlteros regístrase con frecuencia la anafrodisia, casi tanto como en la siguiente.

III. Es copioso el número de seudoadúlteros. De hombres que tienen querida, no en persecución de satisfacciones sexuales que la mujer legítima aleja, ni por halago de la va-

nidad, sí persiguiendo justificaciones públicas.

Hay aquí tanta diversidad de perspectivas que necesariamente hemos de prescindir de todo intento de clasificación. Para adoctrinamiento del lector, lo sustituiremos por ejemplos.

Hombre de treinta años, impotente. Dolorido por su desgracia mantiene dos queridas. Con ellas exhíbese alternativamente en todos los espectáculos, procurando llamar la atención de las gentes. Persigue formarse una leyenda de libertino y mujeriego.

Rico comerciante cuya mujer le traicionó con escándolo, colocándolo en ridícula situación. Mantiene una criada guapa y ostentosa. Como demostración (?) de que sabe lograr favores de mujeres "de postín". Ha dado con una fórmula tranquilizadora para su amor propio.

IV. El amor es sentimiento contagioso en sus manifestaciones todas. Desde las perversiones hasta las más románticas exaltaciones. Re-

gístranse por ello epidemias de crímenes pasionales, de aberraciones, de raptos novelescos, de bodas, de adulterio.

La querida no podía ser una excepción y no lo es. Infinidad de adúlteros no podrían dar otra explicación de su infidelidad, decididos a ser sinceros.

—¡Como hacen los demás!

A fuerza de oír hablar de queridas, se entra en curiosidad de conocer el sabor del hiperbolizado pecar. Algún amigo cansado de la suya, ayuda traspasando. Luego depende de la calidad de la mujer, de sus atractivos, de su arte.

La mayoría de las infidelidades masculinas son así de tontas, de aleatorias, de casuales. El adulterio español muéstrase con gran frecuencia plenamente inconsciente de la transcendencia de su brote. Acaso porque no lo estima tal y sí sólo traspiés sin importancia, entre divertido y molesto.

c) La aventura del momento. — El español

mantiene desconcertante pugna entre su concepto teórico del amor y su comportamiento en lo que al instinto se refiere.

Nace esta divergencia de una falta, casi absoluta, de curiosidad, de inquietud espiritual. No interesa el alma de la mujer. Sin embargo, si alguien dice que ésta puede dar su cuerpo y reservar lo mejor de su pensamiento, el macho hablará de venganza.

Toma lo que le dan, sin meterse en más averiguaciones, ínterin no hay nadie que no le infunda recelo acerca de lo guardado en el arcón de la cabecita que junto a la suya cayó rendida sobre la almohada.

El español es en amor un comodón. Por desventura para las españolas. El español sabe siempre poco del propio corazón; menos aún del ajeno. Por eso sedúcele tanto la aventura del momento.

Reconozcamos que no carece de justificación

tal conducta. En nuestro país concédese absurda transcendencia cronológica al acto sexual.

El hecho vulgar, anodino, de que un hombre y una mujer embarquen para Citerea en la misma góndola, tiénese por creador de derechos perpetuos.

Se grita bravuconamente, como si se hubiera aportado argumento decisivo.

—¡Esa mujer ha sido mía!

—¡Como usted lo ha sido de ella!—podría responderse sensatamente.

En cuanto el hastío surge, suéltanse todos estos abalorios y ruedan sobre la conversación intentando concederla prestancia trágica.

¿Precisa declarar que no existe motivo para tanto?

Unos minutos de mutuo placer no pueden dejar, sensatamente, estela que dure el resto de la vida.

Pero como la masa no opina de este modo, el soltero huye del noviazgo, y el casado *cuco,*

egoísta, en vez de comprometerse en aventuras con responsabilidad, refúgiase en el amor mercenario del momento, tomado en el *cabaret* o en el prostíbulo.

Da igual. Lo interesante es no oír frases de drama por el simple hecho de beber el divino licor en copa accidentalmente prohibida.

Por contera, el adulterio nómada siembra íntimas sensaciones de beatitud verdaderamente envidiable. Aventurillas sin importancia. El delito reside en la contumacia.

Coger una flor al paso no tiene importancia; pero sí quedarse junto al rosal.

¿Paradójico?

Exacto, simplemente exacto. Tanto, que a infinidad de casadas las oí expresarse del mismo modo.

Declaro que a mí el valor moral del acto paréceme exactamente igual en cuanto a traducción de desamor.

Si acaso, la desventaja estaría de parte de

lo volandero. A primera vista, parece que debiera hacerse perdonar antes el hombre que, ilusionado, sucumbe a un sentimiento avasallador que el guiado por apetencias infradiafragmáticas. Sin embargo, ocurre lo contrario.

¿Por qué?

Porque teniendo la mujer honesta un concepto despectivo, humillante, de la vendedora de caricias, siéntese menos herida en su vanidad cuando el marido desciende que cuando se eleva.

No obstante, la realidad dice que el adulterio romántico es una desgracia, y el mercenario una humillación. Como sólo perseguimos fines informativos, con dejar consignado el hecho queda cumplido nuestro propósito, sin necesidad de más amplios comentarios.

Por estos caminos no empinados, pero sí resbaladizos, hase ido estableciendo el predominio del adulterio masculino a base de aventuras del

momento, liquidadas con la misma rapidez con que se emprendieran.

A la larga, resulta más desastroso para la felicidad del hogar. Después de una crisis pasional cabe ¡siempre! una reconciliación leal, reavivadora del cariño. Si es que existió antes. Después de creado un estragamiento como consecuencia del paladeo de vinos de baja calidad, surgen gustos no susceptibles de destierro.

Sofera de hogares fríos e inhóspitos.

Lo peor de las aventuras del momento es cómo secan las fuentes del remordimiento.

Trocar en estanques los lagos y en lagos los mares, embrutece. Como el opio.

Mas las cosas son así, y nuestro papel, queremos repetirlo, no es el de oponernos a la corriente, sino otro mucho más modesto y no menos conveniente: registrar su existencia y su velocidad.

d) La amante.—El adulterio masculino por amor disminuye rápidamente en España. Mis

observaciones coinciden con las de todos los analizadores de nuestras costumbres, a quienes he preguntado.

En la mujer resulta cada día menos frecuente el adulterio desinteresado. Este hecho, que pienso estudiar ampliamente en otro ensayo, tiene que influir forzosamente sobre el adulterio masculino.

Las causas fundamentales del adulterio masculino, que podemos llamar desinteresado o romántico, son clasificables en cuatro grupos:

I. El azar.
II. El tedio.
III. La sugestión literaria.
IV. La represalia.

Analicemos cada uno de estos aspectos:

I. En la inmensa mayoría de los adulterios románticos interviene como factor determinante el azar. De ordinario, los propios protagonistas entéranse de la atracción que el uno ejerce sobre el otro, tardíamente. Cuando ya se

apercibieron los extraños, tan crueles, tan poco tolerantes en nuestro país. ¡La envidia disfrázase tantas veces de moral!

Poco a poco, insensiblemente, vanse estrechando los lazos. Cuando intentan deshacer la red es tarde. El deseo les hizo sus prisioneros. A veces, contra su voluntad.

Aun cuando las esposas traicionadas se resistan a creer esta explicación, no por ello resulta menos exacta.

En bastantes casos son ellas, frecuentando asiduamente amistades peligrosas, las que inconscientemente ayudan al nacimiento de un amor al margen de la legalidad.

Por ello escúchase con tanta frecuencia la eterna queja:

—¡Con mi mejor amiga!

Y es que nuestra mujer, desconocedora del arte difícil y complejo de tener calmadas las inquietudes espirituales de su marido, suele

trastrocar las nociones del peligro y de la confianza.

II. El tedio sexual es uno de los peores enemigos con que cuenta la fidelidad del esposo.

Cuando la mujer empieza a resultar aburrida, el adulterio es inminente. Si el azar ayuda y el espíritu del adúltero posee alguna veta de bobarysmo o simplemente de tendencias noveleras, el drama no se hace aguardar.

Generalmente, el tedio, tan corriente en los hogares españoles, es obra del varón; pero como éste, ayuno de sinceridad, no se culpa a sí mismo, prácticamente es totalmente opuesto el resultado. El aburrido muéstrase, además de irritable, descontento.

La ingenuidad adorable de las honestas resulta manjar insípido para los que tuvieron como aulas de amor las celdas de un burdel.

Y las casas parecen intolerables. La mujer no tiene ya nada que ofrecer. Esa terrible tor-

peza de la española de darse de una vez. ¡La primera vez!

Como esos tenores de hermosos registros y mala escuela, que por exceso de lealtad quedan en seguida sin voz, son casi la totalidad de las españolas.

III. La sugestión literaria, ¡abominable educación sentimental!, no crea la necesidad del adulterio, pero sí el ansia de un amor sobre los límites de la vulgaridad. De esa pasión, cumbre vibrante y exquisita que la vida suele negar a los humanos. ¡Cuanto más inteligentes, más!

Las novelas enardecen, espolean, crean conceptos falsos, pero deslumbradores, manteniendo al espíritu en un estado de espera ansiosa, sumamente propicio a la historia novelesca. Como falta a nuestras juventudes el contrapeso de una educación filosófica, el riesgo aumenta su vigor.

El nuevo tipo de lecturas va haciendo decrecer la importancia de este factor literario, ver-

daderamente decisivo, como fijador del entusiasmo flotante a que aludimos al principio del ensayo.

Ya no siéntese sensación alguna de inferioridad ante el prosaísmo de la propia vida. Cuando se pregunta sobre ello, las gentes ríen desdeñosamente.

IV. Se llega también al adulterio romántico por represalia. Huyendo de un dolor se cae en otro. Creyendo vengarse, se encarcela el despechado.

Penosa situación la del hombre que pregunta:

—¿No mereceré yo otra cosa en la vida?

Casi siempre el orgullo deja oír el eco de sus fanfarrias creando el tipo lastimero del adúltero romántico no enamorado.

Se metió en una historia grave para no obtener ninguna de las satisfacciones compensadoras. Es una modalidad ahora muy repetida. Buscan el fondo romántico, no por impulso es-

pontáneo, sino como consuelo. Y como en amor cuando se persigue algo distinto del amor mismo se fracasa, estos adúlteros son los más desgraciados de todos, pues no logran sino acrecentar su criterio escéptico y pesimista.

Luchando con la dificultad de una forzosa concisión y con la necesidad de imprimir al estilo un carácter absolutamente objetivo, hemos llegado al término de nuestro plan.

Réstanos ahora, como final, enhebrar unas breves consideraciones que tengan el valor didáctico de una síntesis, utilizable por padres y educadores.

Aun cuando en clínica debe bastar con el estudio de los síntomas, no creemos pecar de heterodoxos científicos haciendo esta concesión al legítimo afán, sentido por todo lector de esta clase de trabajos, de obtener indicaciones concretas utilizables para una posible modificación del propio comportamiento, con respecto a sí mismo y a los demás.

XV

NORMAS

En la precedente enumeración destacan con categoría de primer plano las cuestiones siguientes:

a) Iniciación defectuosa.

b) Carencia de educación sexual.

c) Entusiasmo flotante.

d) Creencia en la inferioridad de la mujer.

e) Necesidad de no hacer irrompible el lazo matrimonial.

Cada una de ellas merece ligero comentario, aun sabiendo que su defensa ha de resultar inútil en el ambiente español, absolutamente contrario a estos temas.

Pero como no obstante tales resistencias, el problema sexual constituye el más importante de cuantos actualmente tiene planteados nuestra patria y representa deber ineludible abordarlo, diremos nuestras razones:

a) No cabe seguir desatendiendo la iniciación sexual, confiada ahora al azar. Destaca aquí una misión maternal imperiosa, no susceptible de transmisiones ni aplazamientos, a menos de caer en delitos de lesa especie y lesa infancia.

Antes que la educación intelectual debe colocarse la física; antes que ambas la ética, y sobre todas la sexual. Precisamente un orden opuesto al seguido corrientemente.

No se trata de cuestiones morales. Supone motivo de graves dolencias psíquicas el que se ventila. Un sector extensísimo de la Psiquiatría, desde las psiconeuroses a la demencia precoz. Y ante todo el tema cumbre de la felicidad futura del niño.

Nada vale que la comodidad de padres y educadores nieguen beligerancia a la idea. Las palabras resultan vencidas por los hechos. Aquí los hechos tienen, además de abolengo científico, el marchamo de la observación cotidiana.

b) Por culpa de una educación sexual tardía o ausente, millares de masculinidades, cuajadas de promesas de ventura, agóstanse en estériles y deprimentes autoeróticas.

El pudor no es sinónimo de incultura. El pudor representa en lo esencial una técnica de seducción, variable con tiempos y países. Compárese el vestir femenino de hace veinte años con el actual. La cantidad y calidad del pudor cambia con el concepto sexual de cada época.

Conocer lo básico de la función motivadora y justificadora de la existencia, ni encanalla ni ofende. Lo embrutecedor es, sabiendo las cosas a medias, forjarse hipótesis arbitrarias rezumantes de lascivia simiesca.

Aquí como en las cosas todas de la vida, lo

deshonesto no es el desnudo total, sino el desnudo a medias. Hay que dar educación sexual a los niños, y sólo su madre puede dársela.

Aun cuando muchas no lo crean así.

c) Constituye gravísimo error permitir que en el espíritu queden remanentes de entusiasmo sin empleo.

Todo este caudal debe ser invertido en horizontes líricos, de fondo sexual. Hay que optar entre la absurda sublimación del amor al modo de los viejos poetas y un sentido poético, panteísta, de las misiones biológicas. Pero donde no cabe disputa es en la necesidad de ennoblecer los horizontes, merced al empleo de ese entusiasmo flotante tan genuinamente español, que explica el fanatismo, el partidismo y demás traducciones de fervores idólatras desproporcionados.

Que un hombre se ponga en trance de jugarse la vida heroicamente discutiendo una jugada

de balompié o un lance de capa, representa vergüenza para quienes lo educaron y humillación para el país entero.

d) Hay que fomentar el conocimiento de la mujer española. Aun llora el sexo opuesto su drama íntimo de ser ignorado. A pesar de las apariencias de civilización de que nos vamos rodeando en lo externo.

El español ignora de ordinario a su mujer. Sólo en contados casos sale ésta gananciosa de tal ignorancia.

Comprender a la otra mitad del género humano equivale a completar nuestro concepto de la vida. Si ésta no existiría sin la cooperación de los dos sexos, ¿cómo defender el desconocimiento de uno?

A la mayoría de los hombres fáltales amor al don divino de existir, porque éste no pueden lograrlo aisladamente ni hombres ni mujeres. Así es de reseco, áspero, huraño e inflamable el temperamento masculino nacional.

Falta ternura, sobra prosaísmo. Y las almas crujen como los muebles en agosto. Ha de serse más horno y menos fogata.

e) No hay modo de entender la pasividad de los españoles ante la carencia de una ley amplia, humana y justa, reguladora del divorcio justificado.

No puede defenderse la tesis de que por cubrir las apariencias permanezcan figurando como esposos parejas donde ella tiene un amante y una querida él. El caso es pan de cada día.

¿Para qué convertir en pecado lo que puede ser justo y diáfano tributo a leyes biológicas totalmente indiferentes a los prejuicios humanos?

Si la falta de una ley de divorcio no evita que se unan más o menos clandestinamente los que de verdad se desean, ¿qué ventaja puede señalarse al procedimiento?

Unicamente fomentar el adulterio.

Cuanto más fácil resulte la unión de hom-

bres y mujeres, más elevado será el nivel moral. De todas las formas de la honestidad, ninguna comparable, en solidez, a la honestidad por hartura.

Lejano está el día en que todas estas ideas logren labrarse un cauce en el pensamiento español; pero acusa tan claramente el análisis del amor al uso nacional la proximidad de un desquiciamiento sexual con daño de la raza, que cabe confiar en el acortamiento de fechas que ahora tiénense por distantes.

La insinceridad, la cobardía, el egoísmo de nuestras costumbres sexuales supone riesgo demasiado hondo y daño sobradamente intenso el causado a la especie para que ésta no apele a soluciones radicales restablecedoras del perdido equilibrio.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

INDICE

		Págs.
	Justificación	13
I.	Lo que vamos a entender por amor	17
II.	La ignorancia de cómo es la mujer	22
III.	El clima	27
IV.	Los espectáculos y el embotamiento espiritual	33
V.	Desplazamiento del entusiasmo	41
VI.	Amor y hombría	46
VII.	La inferioridad femenina	58
VIII.	Los émulos de don Juan	67
IX.	La cobardía ennoblecida	77
X.	Cuándo el cazador compra la caza	86
XI.	El trágico momento de la iniciación	95
XII.	El paraíso olvidado del noviazgo	113
XIII.	Las grutas del matrimonio	132
XIV.	Fruta prohibida	153
XV.	Normas	177

EDITORIAL PÁEZ

ECIJA, 6, MADRID

ULTIMAS PUBLICACIONES

Pesetas.

ANTONIO REYES HUERTAS: *Blasón de almas.*—Novela emocional y sencilla, escrita con el corazón en los puntos de la pluma, con esa "difícil facilidad" de que habla el clásico. Las pasiones humanas, pero sin trágicos sinsabores, pasan por esta novela de Reyes Huertas con la serenidad que en sus obras anteriores, que le han conquistado un puesto envidiable en la literatura española contemporánea..... 5,00

NICASIO PAJARES: *El pensador en la selva.*—Este libro ha de producir una verdadera revolución en la crítica, tanto por su intención como por el desenfado con que está escrito. En él se contienen las ideas, impertinencias, diatribas, extravagancias y fantasías de un pensador céltibero, fallecido en América, y sus páginas son saboreadas con deleite desde el principio hasta el final..... 5,00

ANTONIO HERAS: *Las huellas de los días.*—Primorosa colección de versos, en la que su autor, que ya se había acreditado de excelente poeta con su libro *De las horas vividas,* alcanza los máximos grados de la inspiración. Antonio Heras pulsa la lira moderna en *Las huellas de los días* con maestría insuperable..... 3,00

ANTHERO DE QUENTAL: *Los sonetos completos, traducidos por Emilia Bernal, con un prefacio*

Pesetas.

de J. P. Oliveira Martins.—La figura tal vez más característica del mundo literario portugués sólo era conocida de los profesionales; pero el gran público de habla española ignoraba al grandísimo poeta lusitano. La inspirada poetisa cubana Emilia Bernal ha traducido los *Sonetos completos* del inmortal poeta con tal fidelidad y pasión, que su lectura hace sentir, gozar y sufrir como exige la más pura poesía. Precede a la traducción un bellísimo y emocional ensayo biográfico, escrito por la brillante pluma de la señora Bernal, y un prefacio del gran historiador Oliveira Martins..... 5,00

José Subirá: *Enrique Granados: su producción musical, su madrileñismo y su personalidad artística.*—El título de esta obrita dice claramente su contenido. El ilustre musicógrafo José Subirá rinde en ella un cálido y justo homenaje al genial autor de "Goyescas". Enriquecen al libro una colección de dibujos y cuatro autógrafos del propio Granados..... 1,50

Pablo Sadoc: *Sofosbel.*—Contiene este libro una parcial y fragmentaria biografía de Carlos Tejada y un cuaderno de breves notas escritas por el biografiado, en las que, entre otros temas, se señala el antagonismo irreductible entre la Etica y la Ciencia..... 4,00

OTRAS OBRAS

Manuel Acosta y Lara: *Llovida del cielo* (novela) 5,00

Eduardo de Ontañón: *Cuaderno de poemas* (versos nuevos)..... 1,50

F. Rodríguez Marín: *Más de 21.000 refranes castellanos* 20,00

— *Cuentos escogidos*..... 5,00

Pesetas.

Francisca Herrera Garrido: *Réproba* (novela). 5,00

Augusto Martínez Olmedilla: *La poesía del recuerdo* (novela)..... 5,00

Francisco Vera: *El hombre bicuadrado* (novela) 4,00

Antonio Heras: *La sombra de la ciudad* (novela) 5,00

J. Fernández Amador de los Ríos: *Atlántida* (estudio arqueológico, histórico y geográfico). 12,00

— *Monumento y Tesoro de la lengua Ibérica*... 30,00

M. Fuentes Jorge: *Amor de cisne* (idilio)..... 2,00

R. Cansinos-Assens: *La nueva literatura* (estudios críticos). 2 tomos..... 10,00

R. Buendía Abréu: *Entre mar y cielo* (novela). 5,00

Coronel Ignotus: *El hijo de Sara* (novela)..... 4,00

Croker: *La celebridad* (novela)..... 5,00

El arte de escribir cartas..... 1,50

P. de Vuyst: *Desarrollo del buen sentido*..... 2,00

Luis Miranda Podadera: *Museo del Prado*..... 5,00

— *Análisis gramatical*..... 5,00

— *Ortografía práctica*..... 4,50

Gabriel María Vergara: *A través del Diccionario de la Lengua Española*..... 5,00

R. Martínez de la Riva: *La España de hoy*... 5,00

Dr. J. Vecino: *El estado actual de Rusia*..... 4,50

Frivolina: *Confidencias (Amor, Juventud, Belleza)* 5,00

Dr. Constantino de Horta y Pardo: *Aritmética comercial universal*..... 14,00

— *Teneduría de libros*..... 14,00

Maurice Ajam: *La palabra en público*..... 5,00

Mask: *Hacia la España nueva*..... 6,00

Matías Balsera: *Radiotelefonía*..... 6,00

Francisco Ayala: *Historia de un amanecer* (novela) 4,00

J. García Cobacho: *Del Madrid chulesco* (poesías festivas)..... 4,50

	Pesetas.
SIMÓN G. MARTÍN DEL VAL: *En la senda del dolor* (novela).....	2,00
INSÚA: *La mujer, el torero y el toro* (novela)...	5,00
— *El negro que tenía el alma blanca* (novela).	5,00
A. M. GÓMEZ: *La jabonería moderna y pequeñas industrias en el hogar doméstico*.....	2,50
BARONESA ALICIA DEL CASTILLO: *La elegancia en sociedad, preceptos del saber vivir.* Lujosamente encuadernado en tela.....	6,00
ROSALÍA DE CASTRO: *Cantares gallegos*.....	4,50
— *Follas novas*.....	4,50
— *En las orillas del Sar*.....	4,50
E. ALCÁZAR ANGUITA: *La senda de los huertos* (novela)	4,50
LAMAS CARVAJAL: *Poesías selectas*.....	5,00
GILBERTO LAURENCENA: *El árbol de la ecuación infinita*	1,50
HÉCTOR OLIVERA LAVIÉ: *El caminante* (novela).	5,00
ENRIQUE SÁNCHEZ RUEDA: *Acertijos y adivinanzas.* Tres tomos (cada uno).....	2,50